

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ANGEL SASTRE

Diputados presentes:—Acuña, Aldao, Alvarez (A.), Amenado, Argañarás, Argerich, Astudillo, Balestra, del Barco, Barraquero, Bejarano, Bernardo, Bustamante, Campos, Carbó, Carlés, Carreño, Castro, Cernadas, Contte, Coronado, Crouzeilles, Delcasse, Demaría, Domínguez, Elordi, Ferrari, Figueroa, Fleming, Fonrouge, Galiano, García Vieyra, Garzón, Gigena, Gouchon, Grandoli, Guevara, Gutiérrez, Hernández, Irigoyen, Iriondo, Lacasa, Lagos, Lamas, Latorre, Ledesma, Lezica, Lucero, Luro, Machado, Martínez (J.), Martínez (J. A.), Martínez (J. E.), Martínez (M.), Martínez Rufino, Méndez, Monsalve, Moyano, Mujica, Naón, O'Farrell, Oliver, Padilla, Palacios, Parera, Parera Denis, Peluffo, Pera, Pinedo (F.), Pinedo (M. A.), Ponce, de la Riestra, Robirosa, Rodas, Romero, de la Serna, Silva, Sivilat Fernández, Uriburu (F.), Urquiza, Varela, Varela Ortiz, Vedia, Vieyra Latorre, Vocos Giménez, Yofre, Zavalla. —**Ausentes con licencia:** Paz. —**Con aviso:** Astrada, Alvarez (J. M.), Correa, Dantas, Fonseca, González Bonorino, Iturbe, Luna, Luque, Mohando, Olmos, Ovejero, Seguí, Uriburu (P.), Victorica, Villanueva. —**Sin aviso:** Barraza, Cantón, del Carril, Comaleras, Cordero, García, Laferrère, Leguizamón, Rivas, Roca, Roldán.

SUMARIO

- 1.—Reelección de las autoridades de la cámara.
- 2.—Despacho de las comisiones.
- 3.—Peticiónes particulares.
- 4.—Solicitud de la «Sociedad tipográfica bonaerense».
- 5.—Continúa la discusión del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de reforma de la ley de elecciones.

—En Buenos Aires, á 14 de julio de 1905, el señor presidente declara reabierta la sesión á las 3.30 p. m.

1

AUTORIDADES DE LA CÁMARA

Sr. Presidente—En la sesión de hoy ó en la que debe efectuarse mañana corresponde elegir las nuevas autoridades de la cámara. Las actuales terminan su mandato el 15 del corriente.

Sr. Gigena—Debe procederse hoy á la elección.

Sr. Varela Ortiz — Corresponde hacerlo en el día de hoy, por no ser el de mañana ordinario de sesión.

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento, se procederá á la elección de la mesa de la honorable cámara.

Se va á tomar la votación nominal para el cargo de presidente.

—Votan por el señor diputado don Angel Sastre, los señores diputados Barraquero, Guevara, Martínez (J. E.), Astudillo, Gutiérrez, Ponce, Alvarez, García Vieyra, Elordi, Martínez (M.), Cernadas, Varela (H.), Lezica, Fleming, Silva, Conte, Grandoli, Coronado, Zavalla, Crouzeilles, Lamas, Aldao, Ledesma, Castro, Peluffo, Moyano, Campos, Figueroa, Carbó, Lucero, Uriburu (F.), Parera Denis, Lacasa, Lagos, Vedia, Argerich, Garzón, Argañarás, Parera, Yofre, Carreño, Galiano, Mujica, Pinedo (F.), Gigena, Robirosa, Padilla, Varela Ortiz, Urquiza, Domínguez, Balestra, Machado,

Esto, como vuestra honorabilidad nota, arruina irremisiblemente á una industria que merece por todos conceptos mayor consideración de parte de los poderes públicos y agrava profundamente el malestar de la clase trabajadora.

Hasta los libros que tienen carácter oficial, como los textos de enseñanza aprobados por el consejo nacional de educación, van buscando fuera de casa la baratura que no encuentran en el país.

El papel en blanco extranjero se encarece de tal manera, que se convierte en un enemigo de la industria nacional, como lo demuestra el caso de que 100 resmas de papel de obras, formato 70x110, que valen, puestas en Buenos Aires, \$ 361.10 oro, satisfechos los impuestos aduaneros, se eleva su costo á la cantidad de \$ 667.15 oro, diferencia bastante notable.

La tipografía nacional, estrechamente vinculada á la gestación, fundación y desenvolvimiento de nuestra gran nacionalidad y que tan eficiente colaboración ha prestado al pensamiento nacional en sus múltiples manifestaciones, se desgasta y debilita en una lucha económica aniquiladora y desigual que amenaza destruirla, librada como está á sus propias y débiles fuerzas contra su similar extranjera, que se ampara en la protección que le brinda la actual ley aduanera.

Vuestra honorabilidad está en el caso de no consentir el sacrificio de uno de los factores más importantes del progreso del país, acogiendo esta petición y resolviendo de acuerdo con nuestra anhelada aspiración.

Obedeciendo á esta creencia, y reconociendo el espíritu de equidad y de justicia que informan todos los actos de esa honorable cámara, es que nos permitimos elevar y librar á vuestro elevado criterio, esta petición encuadrada en sus dos puntos fundamentales gravamen á la importación de impresos y liberación al papel en blanco.

Dios guarde á vuestra honorabilidad.—
Francisco Filippi, presidente. *L. Ruiz Moreno*, secretario.

5

ORDEN DEL DÍA

REFORMA DE LA LEY DE ELECCIONES

Sr. Presidente—Continúa la discusión del despacho de la comisión de negocios constitucionales, en el proyecto de reforma de la ley de elecciones.

Tiene la palabra el señor diputado Carbó.

—Ocupa su banca en el recinto el señor ministro del interior, doctor Rafael Castillo.

Sr. Carbó—Ya que es necesario que continúe ocupando la atención de la honorable cámara en las presentes circunstancias, ha de serme permitido que mis primeras palabras sean de agradecimiento hacia los señores diputados que por segunda vez me han honrado, designándome para ocupar un puesto en la mesa de la honorable cámara; honor que acepto con el reconocimiento consiguiente y convencido de que lo debo, más que á otra cosa, á la bondad y á la deferencia de los señores diputados.

En la sesión anterior decía, señor presidente, que el sistema de la lista, tomando por base aquel estudio á que me había referido en el curso de mi exposición, es el que podía conducirnos á la centralización de los partidos preocupados de los grandes intereses del país, y que era así como llegaríamos al gobierno firme y definitivo de la nación.

Para hacer esta afirmación yo me fundo en el estudio que creo concluyente, á lo menos para mí, de los elementos constitutivos de nuestro país y de toda la acción que en la formación de él han tenido y han desenvuelto los grupos provinciales, que son en definitiva los que han formado la nación; y creo firmemente—es en mí una convicción profunda y sincera á ese respecto—que el sistema de la lista es el que puede mantener la existencia de los grandes partidos provinciales. Aquí cabe ocuparse de cuál debe ser la acción de los partidos en este sentido, no precisamente para desenvolver programas los mismos, sino del punto de vista de las leyes; y en cuanto á esto, para tratar de una tesis que me ha dado ya la discusión, recojo las palabras del señor miembro informante de la minoría de la comisión, que decía que las leyes electorales—porque supongo que á las leyes electorales se refería—se hacen para los partidos. Arrancando de esta tesis, el señor diputado nos decía, que no había, por consiguiente un motivo real, efectivo, para provocar una reforma; cuando resultaba claro y evidente que los partidos, que podemos denominar en minoría, no querían la reforma y cuando esa misma reforma tampoco convenía al partido nacional ni le era necesaria, porque está rehecho.

Desde luego, yo no pienso que las leyes, ni aún las leyes electorales, se hagan para los partidos. El gobierno se hace algunas veces por me-

dio de los partidos, y será conveniente que por medio de ellos se haga siempre, controlándose los unos por los otros; pero el gobierno se hace para el pueblo y las leyes se dictan también para el pueblo. Justo es decir y reconocer, que la acción de las leyes electorales tiene influencia decisiva sobre los partidos, y es justo y exacto también decir que ha sido esta tesis uno de los temas que más se han desenvuelto en el curso del debate. Así, los unos han sostenido que el sistema de sus adversarios era el que anulaba los partidos, sosteniendo lo contrario respecto del sistema que era de su predilección. Como quiera que sea, si las leyes han de hacerse para los pueblos y los partidos tienen que sufrir la influencia de las leyes, es necesario estudiar, en el momento en que una ley se dicta, cuáles son las consecuencias que sobre los partidos puede tener esa ley.

Es desde este punto de vista que deseo considerar el asunto.

Para mí es una cosa clara que la ley de circunscripciones divide, subdivide los partidos, multiplica sus motivos de división por lo mismo que va á las representaciones más individuales. Es un axioma reconocido en la ciencia política que las evoluciones colectivas son mucho más lentas que las evoluciones individuales; y así se explica por qué pueden ser los partidos de las minorías los que representan las ideas más avanzadas y por qué también no son, por regla general, los partidos de las minorías los que deben gobernar el estado. Es evidente para mí este hecho; que la ley vigente provoca la división; y para probar esto, no habría más que fijarse en lo que ha ocurrido en nuestros días, aun en el primer ensayo de las circunscripciones. Si se piensa un momento en lo que pasó en esta capital, cuando se hicieron las elecciones de diputados en marzo de 1904, se encuentra que en cada una de las circunscripciones se presentaban multiplicados los candidatos; y nada de extraño tendría esto, si los candidatos hubieran pertenecido á distintos partidos. Pero es que no es éste el caso: es que en algunas circunscripciones se presentaban como candidatos dos ó más personas pertenecientes al mismo partido político. ¿Y cuál era la razón de porqué se presentaban así? Porque ya no obedecían á los principios informativos de los programas de los partidos, por que ya se prescindía del partido mismo, por que

ya se iba á hacer cuestión de las personas, en vez de hacer cuestión de los intereses que pudieran comprometer la existencia ó no existencia de los partidos á que pertenecían los individuos.

Yo no creo necesario, señor presidente, abundar en consideraciones de otro orden para hacer la demostración de esto.

Tengo á la mano, y podría presentarlo, el detalle de esas elecciones, por otra parte tan conocidas, porque han sido publicadas por los diarios de esta capital, y en uno de ellos, en un artículo prolijamente hecho, se detallaba el cómputo de los votos de esas elecciones, para llegar á la demostración de que sólo la división del propio partido de la mayoría había hecho que vinieran á la cámara los representantes de minorías apenas computables en cualquier sistema electoral bien organizado como la emanación de la mayoría requerida por la constitución.

Este hecho se repetirá seguramente, y tendrá que multiplicarse, sobre todo si toman cuerpo y se desenvuelven las teorías que aquí se han avanzado respecto á la intervención de los candidatos para con el cuerpo electoral.

Pero no creo tampoco necesario abundar en consideraciones á este respecto, si no simplemente presentar á la consideración de la honorable cámara el recuerdo de lo que aquí mismo se ha dicho.

Yo no tengo memoria de que se haya hecho en este parlamento una discusión sobre sistemas electorales, en la que todos los hombres interesados en la reforma, en uno ú otro sentido, no hayan condenado con todas las energías de su alma el fraude electoral. No conozco tampoco, ningún caso en que en estas discusiones se haya levantado la voz de un solo diputado para defender la venalidad del voto. Estaba reservado á los defensores de la circunscripción uninominal, el hacer la defensa, y hasta la apología del voto venal.

Uno de los señores diputados que ha impugnado el despacho de la mayoría de la comisión y que ha hablado desde el punto de vista del partido cuyas ideas cree representar en esta cámara, ha llegado á ensalzar el sistema que ha podido en esos días dar pan á electores desgraciados y menesterosos, en nombre de la caridad política, nunca invocada porque no es la caridad el móvil de los partidos, en nombre de

una caridad política inexplicable, y ha entonado un himno jamás oído á la venalidad del voto.

Pero éstas son las consecuencias á que lleva lógica, y naturalmente el sistema que así deshace los partidos; ésta es la consecuencia lógica y natural á que nos lleva este afán de defender, á todo trance, lo que no es defendible en el terreno de los hechos. (*¡Muy bien!*)

El señor diputado Vedia, en cuyo espíritu cultísimo no sé cómo ha cabido el querer justificar estas cosas, aunque él no ha incurrido en el error de cantar las alabanzas, ha dicho, y creo que son sus palabras: «Nó; el voto vale con arreglo á lo que vale electoralmente». Es cierto, ¿pero qué vale? ¿Qué valor es este?

Sr. Vedia—Para la inconciencia y la corrupción.

Sr. Carbo—Muy bien. Precisamente la corrupción ¿eso es lo que queremos fomentar, entonces, haciendo la prédica del inmenso valor que adquiere el voto elector? ¿Pero es á ese valor al que se pueden referir las personas que de una manera honesta y honrada hayan podido decir: el voto venal es la sombra de la libertad? No ha cabido tal concepto seguramente en su espíritu, porque no acompaña á la libertad la venalidad como una sombra en el sentido de lo necesario, sino como mancha que obscurece en todo sentido este precioso privilegio. Es en ese sentido que la venalidad es la sombra de la libertad, porque la obscurece, porque le quita el brillo, que debe ser el brillo de la pureza y de la más sana intención en el momento de depositar el voto en la urna. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Vale, sí, con arreglo á lo que vale electoralmente, pero vale tanto más electoralmente cuanto más representación tiene ante la propia conciencia del que vota y ante la propia conciencia del que recibe el voto (*¡Muy bien!*) Jamás me dirá el señor diputado que valdría tanto para él el voto de un hombre culto, ilustrado, distinguido, independiente en la verdadera acepción de la palabra, como el voto de cualquier pordiosero que viene á ofrecérselo á cambio de un billete de banco! (*Muy bien!*) Jamás puede ser igual, aun cuando para la ley valga numéricamente lo mismo: el primero tiene más valor ante la conciencia del elegido; el segundo no vale nada, porque así como se lo dió al que le entregó uno, es posible que se lo hubiera entregado al que le diera

dos, sin que el vendedor del voto se preocupe de si efectivamente el elegido es digno ó no de desempeñar la función pública de diputado al congreso. (*Muy bien!*)

Es que á esas consecuencias nos lleva esta sollicitación del voto, esta necesidad que la circunscripción impone al elegido, de que vaya, como decía el señor diputado O'Farrell, á identificarse con los ciudadanos radicados en la circunscripción que lo elige.

Decía yo en la sesión anterior, que esto de ir pidiendo el voto de puerta en puerta, podría tener muy graves y serias consecuencias.

Yo creo que no sería capaz de encontrar palabras parecidas á las que á ese respecto han pronunciado hombres que son autoridad en materia de moralidad y de ciencia política. Me refiero á Burke, y me referiré después á lord Macaulay.

Véase lo que dice Burke, y voy á leer palabras de él, porque no solamente abarcan lo que debe ser un elegido con respecto á los electores, sino lo que debe ser el parlamento mismo, como una crítica á la representación de los intereses individuales: «El parlamento, —decía Burke en circunstancias solemnes, dirigiéndose á sus electores de Bristol—no es un congreso de embajadores de intereses diferentes y hostiles, intereses que cada uno debe sostener como agente ó abogado, contra los otros abogados y agentes; el parlamento es una asamblea deliberativa de una nación que tiene un solo interés: el interés de la colectividad. Las miras locales, las preocupaciones locales, no deberían jamás servirle de guía, sino el bien general, que es la razón del todo. Si el elector tuviera un interés especial ó formula una opinión evidentemente contraria al verdadero bien de la sociedad, el diputado de aquel lugar debiera ocuparse menos que cualquier otro de llevarla á efecto».

Estas palabras, señor presidente, eran pronunciadas en contradicción á las del candidato que se había presentado en la misma circunscripción, diciendo á sus electores: «Yo haré lo que vosotros queráis; yo defenderé vuestros intereses, me ocuparé de vuestras cosas, de vuestras necesidades, de todo.»

Lord Macaulay, casi un siglo más tarde, dice; «El uso de mendigar los votos, me parece absurdo, pernicioso, y en abierta contradicción con el verdadero

principio del gobierno representativo. El sufragio de un elector no debe ser requerido ó dado como un favor personal. El uso de mendigar los votos, se comprende en un sistema que mandase al parlamento hombres para servir los propios intereses, y es el colmo del absurdo en un sistema según el cual los hombres son mandados al parlamento para el servicio público.»

Hé ahí, señor presidente, los grandes principios de la moralidad política, que estos hombres sentaban frente á frente de la corrupción electoral, que se presentaba en Inglaterra cada vez más abrumadora, á consecuencia del sistema de las circunscripciones.

Aquellas primeras palabras de Burke trajeron después de los ensanches parciales del sufragio, las limitaciones que fué necesario introducir en la reforma de 1867, especialmente para corregir esa venalidad del voto, para salvar, según las palabras de Amos, á los electores de la influencia de sus vecinos. Ese fué el objeto principal de aquella reforma, ese fué el objeto fundamental de la reforma del año 68, y esa fué la ocasión en que se produjo la lucha entre el partido liberal y el conservador, á que hacía referencia el señor diputado Vedia.

Es que el mal iba avanzando, y fué necesario entonces que la ley rodeara el voto, rodeara el sufragio, rodeara al elector de todas las garantías necesarias para castigar al mismo tiempo todos los elementos de corrupción á que daba lugar este sistema personal é individual para hacer trabajos para las elecciones parlamentarias.

Creo que esto es bastante para demostrar que esos hechos ó trabajos á que fatalmente tiene que llevar la circunscripción á los candidatos, son perniciosos, desde el punto de vista de la moral política, además de ser perniciosos del punto de vista del gobierno de los partidos; y yo no creo necesario insistir más á éste respecto para deducir la conclusión de que siempre que se trate de elecciones de miembros del parlamento, es necesario que la propaganda se haga no en favor de personas determinadas, sino en favor de programas de gobierno ó de principios, cosas que son los partidos los únicos que pueden dictar.

Pero en el curso de la argumentación que se ha hecho se ha manifestado de una manera absoluta que no hay nin-

gún país en donde el sistema de la lista haya quedado todavía subsistente; que en ninguna parte, que en ningún país medianamente organizado existe, con excepción de Portugal, creo que se ha dicho, la votación por lista.

Pero eso no es exacto, señor presidente...

Sr. Vedia—¿Me permite el señor diputado?

Sr. Carbó—Sí, señor.

Sr. Vedia—La lista dentro de la pluralidad.

Sr. Carbó—Sí, señor, la lista dentro de la pluralidad, precisamente la tiene Suiza. Y aquí me meto en Suiza, repitiendo una palabra que en antepasados recordaba el señor diputado por la capital, á propósito de un incidente parlamentario. Y me meto en Suiza, señor presidente, porque yo creo que á nadie se le puede ocurrir que Suiza sea un país mal gobernado. Creo que á nadie se le puede ocurrir que no sea un país cuyo modelo debiéramos invocar en muchos casos, habiendo conquistado el primer puesto entre las naciones libres en materia de sufragio, de libertad electoral. Suiza es además comparable en sus resultados con nuestro país porque es una federación de estados. En otra ocasión he hecho notar la diferencia que hay entre uno y otro país; pero de todas maneras es una federación, no es un país unitario como Francia, no es un país unitario como Inglaterra.

La Suiza, pues, tiene establecida la elección por lista para los diputados al consejo nacional. Y no se diga que allí no tienen modelos hasta el infinito. Difícil sería á cualquier persona establecer en un momento dado toda la variedad de sistemas ensayados en los cantones suizos, porque allí se han ensayado todos. Ciertamente es que desde hace muchos años los cantones han ido conquistando poco á poco el derecho de representación de las minorías á medida de sus deseos; cierto es que muchos cantones tienen la elección uninominal; y es cierto también que siempre se ha agitado allí la cuestión de la reforma de la ley electoral para llevar diputados al consejo federal en formas parecidas. Estas agitaciones populares producidas en tal sentido, han requerido más de una vez, —repetidas veces, por medio de la iniciativa que tienen los ciudadanos para pedir la reforma de las leyes constitucionales,—los plebiscitos públicos, el refe-

rendum, la sanción de las cámaras al respecto.

Y bien, señor presidente; ¿qué ha sucedido con ese procedimiento, cuáles han sido las resoluciones que se han tomado, cuáles los resultados á que se ha llegado? Ha sido sencillamente dejar subsistente el escrutinio de lista.

Yo creo que no está de más hacer una referencia á la opinión autorizada de uno de los especialistas del derecho suizo, Curti, en su libro «El referendum.»

«El 23 de mayo de 1875 el pueblo suizo debía votar el proyecto dando una nueva reglamentación al electorado político. En esta oportunidad el referendum fué pedido por 108.684 ciudadanos. La ley electoral fué rechazado por 207.273 votos contra 202.583.»... ¡Notable la cercanía de las opiniones en esta oportunidad! Quiere decir que casi la mitad de los que concurrieron al referendum votaban por la reforma electoral... «Conviene agregar aquí, continúa Curti, que la ley electoral volvió segunda vez á la votación el 21 de octubre de 1877; pero el segundo proyecto escolló otra vez como el primero, y esta vez por mayoría de 213.230 votos contra 131 mil y pico.»—Una notable diferencia. ¿Por qué? Porque aquellas primeras reacciones que se produjeron para pedir la reforma de la ley electoral trajeron como consecuencia que los hombres públicos de Suiza se ocuparan de una manera formal del estudio de esta cuestión: hicieron la propaganda científica y política consiguiente, como se puede ver en los libros, de la época; y cuando llegó el segundo referendum, la disminución de los partidarios de la reforma en el orden nacional era enorme.

No se ha detenido aquí esta cuestión. Han habido motines sangrientos, señor presidente, en más de un cantón pidiendo la reforma electoral. Es sabido de todos la mesura y la prudencia de aquel gobierno, y conocida esa mesura y esa prudencia no es difícil colegir cuánto se habrá interesado en resolver la cuestión de manera que favoreciese los intereses del país en primer término, y se acordara en segundo término lo que los intereses políticos partidistas reclamaban.

En 1900 se reproduce, pues, la cuestión, con la circunstancia especial de que fué por iniciativa de los tres partidos que estaban en minoría dentro de

la cámara nacional, no obstante tener la representación por la lista: exactamente lo que sucede con este congreso. Sometida también la cuestión al referendum se obtuvo justamente el mismo resultado: esta iniciativa tuvo la misma suerte que las anteriores: la representación proporcional de las minorías fué rechazada por 244,570 ciudadanos contra 179.000.

Estas son, señor presidente, las enseñanzas que nos da ese pueblo respecto de estas cosas. Y he traído el dato ante la cámara, no precisamente porque participe de la opinión de que debe adoptarse en nuestro país lo que pasa en otros análogos, sino para refutar el argumento que se ha hecho de que este sistema de la lista no es aceptable ni aceptado en ningún país civilizado.

Se ve, pues, que esa afirmación no es exacta.

El señor diputado Vedia hacía otra argumentación para sostener el sistema de la circunscripción en contra del de la lista, y redondeando su pensamiento establecía que el congreso, al sancionar la ley de circunscripciones, había dictado una ley de equilibrio nacional, y que derogando esa ley para volver al sistema de la lista podríamos volver á destruir ese equilibrio.

Esta frase, señor presidente, sobre la cual el señor diputado no ha hecho insistencia, pero que ha sido colocada por él al hacer el resumen de la argumentación, debe recogerse como la condensación de un pensamiento político profundo; da mucho que pensar y dará mucho que decir.

Yo reconozco aquí un alto sentimiento patriótico y un alto pensamiento político, si no he interpretado mal las palabras del señor diputado por la capital.

Paréceme que esto quisiera significar que hay cuerpos políticos, según nuestra ley, cuya robustez y fuerza pueden quebrantar el equilibrio, frente á frente con otros cuerpos políticos que no tienen ni podrán tener en muchos años la fuerza y la robustez de los primeros.

Si es esa verdaderamente la intención de la frase, repito, encierra un pensamiento político de transcendencia que yo creo no debemos dejar pasar sin considerarlo.

Yo entiendo, concretando las cosas, que hay en la República Argentina la necesidad de mantener un equilibrio nacio-

nal para que se mantenga el equilibrio que la constitución ha querido que exista entre los diversos estados. Este es el propósito que los constituyentes tuvieron al establecer la formación del senado, dando á los estados una representación igual y con los mismos poderes. Y entiendo que ha querido señalarse el mal á que podríamos llegar, si consolidada la fuerza de cada una de las unidades resultaran sobradamente grandes Buenos Aires y la Capital, influyendo de tal manera sobre las demás provincias que la influencia de estas quedaría anonadada.

No sé si he entendido bien el argumento del señor diputado, pero yo voy á argumentar sobre esa interpretación, que es la única que puede surgir según entiendo.

Quiere decir entonces, yendo á las consecuencias que pueden derivarse de eso, que la ley de circunscripciones estaba destinada á debilitar las fuerzas de núcleos poderosos que pueden ser un peligro para el resto de la nación. He aquí el sentimiento patriótico del señor diputado.

Podría llegarse á la consecuencia de que debilitando esas fuerzas en el terreno en que con más eficacia pueden operar las circunscripciones, en la provincia de Buenos Aires y en la Capital, se hará mayor el debilitamiento de éstas, que el que proporcionalmente puede causar en el territorio de las otras provincias. He aquí el pensamiento político.

Pero preciso será confesar también, que no es eso lo que la constitución ha querido.

Los constituyentes, sabiamente pensaron que era necesaria siempre la armonía entre las provincias manteniendo las fuerzas políticas en equilibrio dentro de los recursos de cada una; y sabiamente la constitución establece que la manera de robustecer á cada una de ellas es permitirles el desenvolvimiento de sus fuerzas dentro de sí mismas. Ha previsto la constitución estos casos, porque nada obsta dentro del terreno constitucional para que el congreso inicie cuando lo estime conveniente la reforma fundamental,—que no demorará mucho tal vez en venir, porque ha de imponerse por la fatalidad de los hechos,—de cambiar la distribución del territorio de los estados llamados provincias, para que cada una tenga elementos propios de desenvolvimiento.

Pero para llegar á eso será necesario que se sienta la fuerza de cada uno de los estados; será necesario que surjan con toda la potencia de su desenvolvimiento, que no le es dado á nadie detener á un pueblo, ni podría una ley tratar de evitar lo que la fatalidad de los hechos, lo que las leyes de la naturaleza imponen. No podríamos por una provincia pobre sacrificar los intereses de una provincia rica y poderosa! (*Muy bien!*).

En ese concepto interpreto yo aquel sentimiento patriótico y aquel pensamiento político del señor diputado.

Creo no obstante que es preciso afrontar con valor las consecuencias de los preceptos constitucionales; que cuando llegue la oportunidad, hay que emprender con valor y energía las reformas necesarias para que el equilibrio se mantenga. Pero no cimentaremos el equilibrio de la nación sobre leyes que pueden fluctuar con las ideas variables de los diputados, no lo afirmaremos con leyes artificiosas que no se basen ni se arraiguen en los fundamentos de la constitución nacional.

Hagamos el convencimiento público; hagamos primero la propaganda necesaria de las ideas; que los hombres de estado del país se penetren de la necesidad de esas reformas; que se penetren de la necesidad de ese acto de patriotismo, que se está reclamando quizás ya para que entonces puedan unificarse las ideas de los hombres pensadores, de los hombres directores; porque no podemos librar tampoco la resolución de estos asuntos á masas inconscientes que en los casos que he citado, como en los que tendrán que producirse fatalmente no podrán dar conscientemente su voto cuando se hace la apología de la venalidad, sino al mejor postor de cada una de las localidades. (*Muy bien!*) (*Muy bien!*)

Pero ¿cuáles serían los resultados de esta ley con el andar del tiempo, dentro de ese criterio? Supongamos la diputación de la capital de la República, para no tomar ninguna provincia determinada. La representación de la capital aquí llegaría á ser entonces dentro de muy poco tiempo, por medio de las circunscripciones, no la representación del espíritu del pueblo sino la de cada una de las fracciones en que esté dividida ó de los intereses de alguna clase que pudiera triunfar casualmente en ella. No representaría el espíritu de la colectividad y sucedería lo que fatalmente tiene que

suceder, según la crítica de un constitucionalista, que á medida que avance la entrada en la cámara de elementos que se consideren los representantes individualistas ó personales de centros pequeños, los electos irán poco á poco acostumbrándose á considerar que está más y más desprendido de la masa electoral; por consiguiente, desligándose por completo de los intereses de esa masa, para ir á afiliarse á los intereses de la localidad particular que los ha elegido, el sentimiento público nacional se debilitará también dentro de la cámara; y en ese sentido no será ya el sentimiento público nacional del régimen de la constitución que debe apoyarse siempre sobre el sentimiento de los pueblos de las provincias.

Ahora, llegando á ese resultado ¿la cámara será más ó menos poderosa? Difícil es saberlo. Si lograra la cámara orientarse en una dirección determinada bajo la influencia de un partido, es claro que ese poder sería formidable. Pero como eso no se podría hacer sino transitoriamente y para asuntos determinados, por el cambio recíproco de votos de los elegidos de una circunscripción y otra, podría resultar que una cámara sumamente poderosa por su desligamiento del cuerpo electoral, se encontrará incapaz de dirigirse por la anarquía que reinaría en su seno y se produciría fatalmente su debilitamiento.

Después de haberse debilitado el campo de acción de las provincias ¿cuál sería el valor de la representación del senado? ¿Cuál sería la influencia de los senadores? Preciso es pensar que esa acción también estaría en relación con el valor del cuerpo que los hubiera nombrado. Si la entidad autónoma de la constitución, provincia, vale poco, poco valdrán los senadores. Si esa entidad vale mucho, los senadores valdrán lo mismo: como representantes de un cuerpo que vale, ellos tendrán mucho valor.

Pero la acción de ellos mismos se encontrará cohibida en más de una vez cuando encuentren que no responden á un núcleo general de opiniones y á pesar de las prescripciones de nuestra constitución respecto á la duración de su mandato, á la permanencia en sus funciones, cualesquiera que sean sus opiniones, podría suceder lo que ha sucedido en los Estados Unidos, que un senador de la nación se ha considerado en el deber de renunciar su puesto,

porque la legislatura del estado que lo había elegido había cambiado de opinión.

Este es el resultado de la contradicción evidente á que podría llevarnos el sistema de la circunscripción: la dislocación del partido que elige en cada provincia los senadores en un momento dado; la dislocación de ellos con sus representantes en el congreso y su casi indiferencia respecto de los senadores.

Por consiguiente, como en el campo de la política ocurre lo que en la naturaleza, que no hay fuerzas perdidas, sería bueno dirigir la mirada hacia donde irían esas fuerzas. ¿Irían á la cámara de diputados? No. ¿Irían á la cámara de senadores? Tampoco. Tendrían forzosamente que ir á las manos del presidente de la república, que sería, en ese caso, el árbitro de los partidos ó de todas las agrupaciones partidistas, por la sencilla razón de que estaría en sus manos acomodarse á soluciones que halagarán á las diversas minorías.

Tales son, en mi concepto, los resultados á que nos llevaría una ley como ésta; resultado político que nadie debe perder de vista, que nadie tiene el derecho de perder de vista y del que nadie puede prescindir.

Me parece que este es un argumento ante el cual nada vale ese tan mentado contacto entre el elector y el elegido; respecto del cual nada vale ese interés pequeño, representado por la circunscripción, porque aquí no venimos á representar intereses pequeños; antes que ese deber, están nuestros deberes de representantes de la nación, que nos obliga á consultar antes que los intereses de aquellas personas que nos han enviado al congreso, los intereses que estén en armonía con el bien general del estado. Y ese deber lo puede realizar mejor aquel que no está obligado á halagar á sus electores; aquel que no está vinculado por razones personales ó amistosas, á aquellas personas que por amistad ó por pedido propio le han dado su voto; en esa mejor condición está, no el que ha sido elegido por una circunscripción sino aquel que ha sido elegido en virtud del programa de un partido político, en virtud del cual toda vez que el candidato se pone delante de los electores, se abstiene de pedir el voto de cada uno y se limita á exponer sus ideas, su programa, dejando que el elector elija libremente entre su programa y el de otro partido.

Ese es el verdadero concepto, en mi opinión, de la representación popular y la verdadera y única forma de legítima representación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El señor diputado concluía su discurso abroquelándose dentro de un argumento muy efectista: decía que por el sistema de la lista sancionaríamos la desproporción entre la capacidad de los electores, porque mientras uno elije dos, tres, cuatro representantes, otros elijen diez, veinte, etcétera.

Reconozco que este argumento, señor presidente, ha sido admitido como uno de los principales contra el sistema de la lista en los países europeos. Pero no tiene la misma fuerza entre nosotros, y la razón es obvia. Allí los cuerpos electorales tienen, con ligerísimas variantes, el mismo número de ciudadanos, porque no son países de inmigración. Entre nosotros, por el contrario, las circunscripciones electorales presentan una diversidad enorme, si se compara el número de electores con que cuenta cada una de ellas. Y así ni por el sistema de la lista, ni por el sistema uninominal se puede conseguir que cada elector tenga un voto de igual valor al de la siguiente circunscripción. La prueba de que esto es así, está en una «aritmética» que he encontrado en un diario de esta capital, «La Nación», que publica después de las elecciones de senador en esta capital, y que se puede anteponer a la aritmética del profesor Orlando, que nos citaba el señor diputado Vedia.

Resulta de la elección de un senador, practicada en la capital en 1904, lo siguiente: republicanos y autonomistas tuvieron diez y seis mil votos y sólo diez y seis electores, mientras que el partido autonomista nacional, tuvo once mil votos y veinte y ocho electores. Es decir que los republicanos y autonomistas tuvieron un elector por cada mil votantes, mientras que los del partido autonomista nacional tuvieron dos y medio electores por el mismo número de votantes. Quiere decir entonces, que la circunscripción le había dado un inmenso valor, mucho mayor valor al voto de un partido que al voto de otro.

Ahora, descomponiendo más todavía este resultado, resalta aún más chocante esta desproporción: los republicanos y autonomistas figuraban con un elector, como he dicho, antes, por cada mil votantes; y el partido autonomista

nacional con uno también, pero por cada trescientos noventa y un votos, es decir, casi por la tercera parte.

Quiere decir entonces que este argumento que se hace contra la lista, puede hacerse exactamente en contra de la circunscripción, en un país como el nuestro, en que el valor de cada circunscripción tiene que establecerse por el precepto constitucional, de acuerdo con el número de habitantes, que son, en muchas de ellas, en su mayor parte extranjeros. Ese argumento, pues, no tiene entre nosotros el valor que los tratadistas de legislación comparada le han dado en el extranjero especialmente.

Sr. Vedia—¡Ah, estaba en los tratados! Y el señor ministro del interior dijo que mi argumento no estaba en los libros...

Sr. Ministro del interior—Me refería, cuando hice la observación al señor diputado por la capital, al principio de representación del derecho civil aplicado al derecho político, porque me hizo recordar aquella observación que formulara el doctor Manuel Pizarro, cuando se reformó la constitución, donde sostenía que los representantes debían tener representados, y que en consecuencia nunca debía computarse la población extranjera para fijar el número de habitantes que debía representar cada diputado.

Sr. Vedia—Eso se refería a la diferencia entre la representación y decisión que establecía también don Benjamín Gorostiaga con toda su autoridad.

Sr. Ministro del interior—En ese sentido, tomé el argumento del señor diputado, no en el sentido que lo ha tomado el señor diputado Carbó, respecto de la extensión territorial y de la población de cada circunscripción.

Sr. Carbó—Continúo, señor.

Resulta, pues, que aún cuando esté en los tratados, a nosotros nos es muy poco aplicable por aquella razón; por cuanto en nuestro sistema no podemos corregir esto, mientras tengamos que basar la legislación electoral en el resultado de la simple pluralidad de votos que establece la constitución. Mientras tengamos que hacerlo así, no podremos remediarlo; podríamos llegar al resultado de equilibrar el valor de cada voto, en el caso que pudiéramos determinar el minimum de votos con el cual pueda elegirse un diputado. Mientras no se pueda hacer eso, será imposible la solución del problema dentro de la consti-

ción, ni con el sistema de la lista ni con el sistema de la circunscripción. Pero como quiera que sea, tiene además de eso la contestación que brillantemente expuso el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, al hacer la réplica de las observaciones del señor diputado Vedia.

Creo sinceramente que no se ha refutado el argumento fundamental que se ha hecho respecto de la constitucionalidad de la ley, en lo que se refiere á la renovación de la cámara, como no lo creo en otros puntos: en este mismo quedó pendiente una duda, porque el señor diputado Vedia, al contestar la réplica del señor diputado Lucero, que se decía que en Bélgica no existe con el sistema uninominal la renovación parcial de la cámara, sostuvo que existía en Holanda; debo decirle que tan equivocado está el señor diputado en su afirmación respecto de Holanda, como lo estaba respecto de Bélgica. En Holanda, la cámara de diputados se elige por cuatro años y se renueva totalmente. Ese es el hecho, señor presidente; y yo repito el desafío que hacía el señor diputado: cíteseme algún país de la tierra, en donde, con el régimen uninominal, se haga la elección de renovación consultando el colegio electoral por mitades ó por terceras partes.—No se puede hacer, porque el objeto de la renovación que está perfectamente determinado en todas las reglas de derecho constitucional. Entonces, es necesario que cuando se hace sea todo el cuerpo electoral, que tiene que elegir la representación, quién deba ir á la votación. No hay más que hacer sobre este punto.

Ahora, hay otra dificultad, que yo no sé por qué han rehuído de la discusión, y es que nuestra constitución impone que fatalmente los electores de presidente y de vicepresidente de la República deben elegirse por el mismo sistema que los diputados. Entonces, pues, tenemos que elegir electores para presidente y vicepresidente por el sistema de la circunscripción uninominal, que es el establecido para la elección de diputados. Ya la ley ha tenido que hacer una extorsión á la constitución, emprendiendo los autores y defensores del proyecto la tarea cómoda y fácil de atropellar por todo en nombre de determinados principios nuevos. En nombre del progreso, atropellamos las barreras constitucionales. Pero si la constitución tiene un carácter rígido, recordemos, al contrario,

los preceptos que han guiado la conducta de todos los hombres del estado, de todos los hombres públicos, los preceptos que imperan, aun en un país que no tiene constitución escrita, como la Inglaterra; cuyos tratadistas dicen: el parlamento debe considerar que en nuestra constitución hay cosas variables y movibles y cosas estables; que desde el momento que pone la mano sobre lo estable, que es lo que pone á cubierto las raíces de su existencia, está atentando á su propia vida parlamentaria.—Esto es lo que tenemos que tener presente. En cuanto falseemos nosotros los preceptos constitucionales de la representación, de la elección de las primeras autoridades del país, estamos, señor presidente, sacando de sobre las raíces de las instituciones la tierra que las cubre, y nos exponemos á que estas empiecen á secarse, no por aquellas ramillas móviles de la copa, sino por las raíces, y maten la vida misma del país! (*Muy bien!*).

Eso es lo que puede precipitarnos en estallidos y anarquías; no es la fuerza, no es el poder que pueda desenvolverse dentro de las provincias, señor presidente. Por eso, la lista representa, para mí, la ley de equilibrio, la ley de orden; y no la otra, la de circunscripción. En un país cuyos partidos no acaban todavía de cimentarse en organización estable, y cuya existencia parece que estuviera á merced de los caprichos ó de las veleidades de las amistades personales; en un país como éste, es necesario procurar que se hagan partidos de programa, partidos de principios, para que las luchas electorales se desarrollen al rededor de las grandes ideas, y no estemos defendiendo el pequeño interés del campañario y el pequeño interés personal!

He dicho. (*Muy bien!* *Muy bien!* *Aplausos en las bancas.*)

Sr. Balestra—Pido la palabra.

Me incorporo, señor presidente, á este hermoso debate, por breve tiempo, con todas las sinceridades que me sienten un ideal constante, profundo y patriótico en peligro, y con todas las incertidumbres del que ha aprendido que basta la contradicción de las ideas para dejar expedito el camino de la voluntad, abriéndose el ancho pórtico en que ya la vieja filosofía había escrito como resultado de la lucha del pensamiento con los propósitos, la desesperante sentencia: ¿Qué es la verdad? y la cínica respuesta: ¿Y quién quiere saberla?

Pero estas discusiones, señor presidente, no sólo son un proemio de la resolución, como ya se ha dicho, sino que son también como obra de sembradores en que cada uno arroja las semillas que tiene, y sólo el tiempo ha de decirnos cuáles fueron del cereal que nutre y cuáles de la maraña que crece frondosa y cubre los campos, pero sólo para esterilizarlos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Esta cuestión de la ley electoral, señor presidente, es la cuestión total de la política argentina: es la aplicación de la política de los medios, científica y experimental, en oposición á la política ostentosa y embriagante de los fines. Asentado nuestro sistema de gobierno sobre la representación del pueblo, la forma con que se ha de hacer verídica esa representación es el cimiento escondido, rudo y fuerte en que descansa, como sobre su raíz, el ancho y pesado edificio, y no una simple voluta de la decoración, cuyas espirales moldea el arte, siguiendo las sinuosas y á veces regresivas alucinaciones del momento.

He oído encarar esta cuestión de dos maneras: una institucional; la otra del punto de vista político y de las necesidades militantes del momento. Séame permitido abordarla de los dos puntos de vista. Y no se alarme la cámara: voy á tratar la cuestión constitucional en breves palabras, y voy á darle la grata sorpresa de ser más papista que el papa y de sostener aquí la teoría conservadora que defiende á los poderes públicos establecidos, en vez de la teoría subversiva que he oído sustentar en este recinto, sin duda por la cruel necesidad de tener que buscar argumentos hasta donde son peligrosos. (*¡Muy bien!*)

Señor presidente; la cuestión constitucional, no existe ya; no existe: opongo á cualquier intento de restaurarla la excepción de cosa juzgada: el que la ha juzgado ha sido éste alto tribunal, este mismo congreso; y en tierra argentina no existe tribunal alguno con el poder de casar nuestra resolución.

He oído decir que la ley electoral se podría llevar á la Suprema corte. ¡Pero señor presidente! ¿De cuando acá el congreso no es en materia política, un cuerpo *self moving, self dependent*, que él solo se mueve; de él solo depende; cuerpo que se crea á sí mismo y que crea á los demás poderes?

¿No es esta, acaso, la base fundamental del sistema representativo?

¿Cómo, entonces, puede sostenerse sin enormidad la teoría de que un tribunal de justicia, y en este caso ni siquiera la Corte suprema, sino un modesto juez federal, por que no es caso de jurisdicción originaria de la Corte suprema, pueda declarar implícitamente que el congreso de la nación y la presidencia de la república funcionan inconstitucionalmente? (*¡Muy bien!*)

Supongo por un momento que, tomando una ley cualquiera del congreso, una ley de impuestos, por ejemplo, fuera una persona á defenderse del pago de ese impuesto ante la corte, diciéndole: El congreso está inconstitucionalmente constituido; por tanto, no puede ejercer el poder que está ejerciendo, y las leyes que dicta son nulas; luego, no debo pagar este impuesto.

Pero la corte, señor presidente, le recordaría en el acto, con el artículo 56 de la constitución que el congreso es el único juez de la elección, derechos y títulos de sus miembros; que el único juez de los actos políticos del congreso, y sobretodo de la constitucionalidad de su existencia, es el congreso mismo.

Y cualquiera se apercibe de que si sería una enormidad pretender discutir ante la corte la legalidad del diploma de uno solo de los diputados que hubiera sido electo, no diré en virtud de una ley dictada en contra de la constitución, sino en contra de las reglas electorales de la constitución misma, pero cuyo título hubiera sido aprobado por el congreso, si sería un despropósito, digo, intentar llevar ese diploma ante la corte, ¿cómo se va á llevar la constitución total del mismo congreso y la presidencia de la República tal como de hecho y de derecho están establecidos? (*¡Muy bien!*)

La cuestión constitucional sobre la ley electoral está fundamentalmente terminada, y la ha terminado este cuerpo al sancionarla. No se puede volver sobre ella; no se podría borrar jamás de la historia de la República la existencia de este congreso y la existencia de esa presidencia. Y, señor presidente, en este país, de pasiones movedizas; en esta tierra, en la que se suele llegar al absurdo en medio de la lucha política, yo que, como alguna vez lo he dicho, puedo no ser, en ciertas ocasiones, amigo de los gobernantes, pero que he sido siempre amigo de la idea de go-

bierno y he puesto todas mis fuerzas al servicio de ella, protesto contra esa teoría; y declaro que, ante el país argentino, está definitivamente sancionada la constitucionalidad de esa ley é incorporada á su historia en los actos y las personas de este congreso y del presidente de la República. (*Muy bien!*)

Despejado el campo constitucional, llegamos al terreno movedizo de la política!

El señor miembro informante atribuía á esta ley el propósito de llenar una necesidad del momento: los adversarios, decía, de hace tres años, han firmado un pacto preciso contra el partido gobernante: preparémosles campo apropiado para la heterogeneidad de sus elementos.

Señor presidente: no me parece que con este criterio se puedan mirar las cuestiones políticas mismas, si es que de ellas hemos de partir para deducir consecuencias.

Si el señor diputado se refería únicamente á las coaliciones existentes, yo debo declarar, en nombre de un partido á que pertenezco, que ellas tienen fines estrictamente electorales y locales, que ellas no tienen, como es notorio, fines políticos nacionales.

La tendencia política á que pertenezco no está en contra del partido gobernante, si por partido gobernante se ha de entender las fuerzas que sirven las tendencias y programas del señor presidente de la República; no lo está, señor, y me bastaría recordar el hecho de que miembros prominentes de este partido han sido nombrados en altos puestos, que aunque sin caracterización política militante, no habrían sido aceptados jamás viniendo de un adversario, para demostrar que ni mi partido juzga tal al señor presidente de la República, ni el señor presidente juzga tal á mi partido. (*Muy bien! Muy bien!*)

No, este es un momento de luz y de paz para el país; y el señor diputado por Tucumán que tiene dos hermosos ojos que miran distraidamente hacia afuera, pero que miran con mucha intensidad hacia adentro, se ha empeñado en este caso en mirar con uno solo. Yo podría, en efecto, volver la medalla y decirle: ¡Sí, los adversarios de hace tres años están juntos! ¿No se sentaba allí, acaso, el hoy presidente de la República, como miembro de la unión cívica nacional hace tres años, y en esa misma banca el señor diputado, miem-

bro del partido nacional? ¿No lo acompañan hoy en su gobierno al señor presidente, no solo los amigos que sus propios y altos méritos cívicos le han conquistado en su larga vida política, conjuntamente con los elementos del partido nacional, y los elementos autónomos de la provincia de Buenos Aires y los liberales de Corrientes, que se incorporaron á su candidatura sin tener otro punto de conjunción que llevarla al triunfo? ¿Si existe coalición de partidos populares, no existe también acaso coalición de elementos heterogéneos en el gobierno? De donde puede resultar entonces que esta reforma quiera prestigiarse con la heterogeneidad de la oposición y la unidad de un partido gobernante, cuyo nombre no sabemos siquiera? ¿Por qué hemos de mirarlo de un sólo lado?

Pero abordo la cuestión desde más arriba: las leyes electorales son leyes para todos. Es la ley electoral el arsenal donde los ciudadanos pueden ir á tomar las armas con que han de librar esas batallas de la voluntad que se llaman elecciones. No puede una ley electoral dictarse para servir necesidades del momento. ¡Si es una ley que debe primar sobre intereses contrapuestos, afirmo que no hay sino una cosa común á partes adversas: es la justicia, y la justicia no es cosa ocasional ni momentánea: ya nos decían nuestras viejas leyes romanas: «*constans et perpetua voluntas*!» El carácter de toda ley electoral debe ser el propio de esa justicia: la equidad y la permanencia, porque no legislamos para un momento dado, sobre todo en este país tan movedizo en sus pasiones y acontecimientos.

Por eso, investigando cuál es el criterio con que se sienta esta singular teoría de preparar el terreno propicio para la heterogeneidad de los adversarios, yo no encuentro más antecedente científico al respecto que el de la tiranía de las mayorías, que ha descripto perfectamente Bryce, empezando por citar aquel verso inglés: «Es excelente tener la fuerza de un gigante, pero es tiránico usarla como gigante!» «La tiranía consiste, añade, en el abuso de la fuerza por el más fuerte, para fines que no se intentarían para con un igual; ó en el hecho de ser el abuso de una facultad dada para un propósito aplicándolo á otro fin. El elemento tiránico reside en la voluntariedad del acto, proveniente de la insolencia que engendra el poder de oprimir. Consiste,

Julio 14 de 1965

CÁMARA DE DIPUTADOS

11.ª sesión ordinaria

no en la forma del acto, que puede ser perfectamente legal, sino en el espíritu y el temple que revela y en el sentido de injusticia que evoca en la minoría».

Si fuéramos nosotros, los defensores de la ley actual la mayoría y nos ocupáramos de dictar una ley para preparar terreno propicio á la heterogeneidad de los partidarios del gobierno, ¿no juzgarían acaso, que ejercitábamos una tiranía de la mayoría? Y no es eso lo que ellos hacen?

Yo recuerdo, entonces, que en todas las ocasiones que en este congreso se ha discutido la ley electoral, ha primado sobre todo la oportunidad del momento, la falta de pasiones políticas que vinieran á desviar el criterio, la falta de interés que convirtiera la sanción de una ley de equidad en un combate de vanguardia que anticipara ó explorara el éxito de las batallas futuras. (*Muy bien!*)

Fué la última—y lo saben todos los señores diputados—la de 1902; y cualquiera que sea el esfuerzo que se ponga, no se llegará á demostrar nunca que no consultó todas las opiniones dominantes en aquel momento, las opiniones más adversas, que concurren entusiastas para dictar esa ley de justicia y de paz que encerraba los más altos designios de la voluntad nacional.

Pero oigo hablar de un rasgo de habilidad política como origen de aquella ley: de una sospecha de que la fría sagacidad del expresidente, no hubiera tenido otro propósito que pulverizar con ella las opiniones y desconcertar á los adversarios de la convención electoral de octubre; y no sin sorpresa he oído que el señor ministro se acogía á lo dicho por el señor miembro informante.

Desde luego, yo no me explico cómo, si se trataba de pulverizar las opiniones, pudo efectuarse bajo el imperio de esa ley, un año después de dictada, la convención de octubre, es decir, la tentativa más completa y extensa que haya habido en este país para concentrar todas las fuerzas electorales á fin de obtener una gran solución nacional del problema presidencial.

No me explico que el expresidente de la República pusiera ese astuto empeño que se le atribuye para pulverizar las oposiciones á la candidatura de la convención, porque eso demostraría un evidente empeño en sostener esa fórmula, empeño inconciliable con el propósito

de dejarle un caballo troyano para llevar la perturbación á las filas de sus partidarios en la hora del gobierno.

Estos fines son completamente contrarios, yo no los refuto; siendo adversario franco del general Roca: protesto contra ellos! Yo no puedo poner en duda la probidad del país al dictar la ley electoral singularizándola en la persona del expresidente de la República, que después de recibidos todos los honores que el país le ha acordado, en la hora cercana de bajar del gobierno, cuando aun involuntariamente se mira al pasado, y se calcula el futuro, no podía prestigiar como coronación de su vida, una ley que fuera destinada á atraerle las maldiciones de un pueblo al que todo lo debe, cuando él ya nada tuviera que hacer en la escena.

Yo no puedo sino protestar contra esos conceptos, porque discutirlos sería discutir la capacidad de los adversarios que lo acompañaron al ex presidente en esa tarea; y porque no puedo discutir la verdad de que el último anhelo expresado por el general Roca á sus amigos cuando se alejaba de las playas de la patria, allá donde colindan las aguas del Plata con las aguas del mar, desde donde debía mirar la tierra natal, esfumadas las costas, confundidos los hombres, como una sola aspiración de surgimiento internacional, fué la recomendación entusiasta de que defendieran la ley electoral! (*Aplausos en las bancas y en la barra*).

El señor ministro nos ha hecho una historia de esta ley electoral, á la que para ser historia le faltan muchos datos, y para ser novela le falta el interés de que naturalmente el tema carece. Se ha olvidado por ejemplo: que el año 83 fué votado el sistema uninominal, por unanimidad, casi por aclamación en el senado de la nación; se ha olvidado igualmente que el año 90 triunfó en esta cámara una ley que él nos ha señalado como un proyecto ocasional que un grupo de diputados desprendido de todos los partidos, que hacían oposición al gobierno, presentó accidentalmente. Hizo una exclusión harto gentil conmigo, que en su oportunidad agradecí; pero no bastaba con eso para señalar el verdadero origen, carácter y propósitos de esa ley. Fueron diecinueve amigos del gobierno los que votaron en favor de ella sobre veinte y siete que constituían la mayoría; los amigos del gobierno se dividieron por ideas, no por influencias de nin-

guna clase. Yo estaba entonces en los secretos del gobierno y puedo decirle al señor ministro que el doctor Pellegrini y el general Roca, presidente y ministro del interior eran partidarios sinceros de la ley; pero en aquel momento nadie se hubiera atrevido á traer á esta cámara la mención siquiera de las ideas, no diré de la voluntad del presidente, bastante escarmentados estábamos de lo que había sucedido por permitirse el congreso pensar por cabeza agenal (*Muy bien!*)

Puedo recordarle al señor ministro que no solamente votó por la ley el diputado que habla, sino que votó en contra el diputado Cantón, cuya amistad con el doctor Pellegrini era la misma que ahora; que votó en pró el hermano del presidente de la República, y también, por lo que respecta al general Roca, votó en pró aquel don Goyo Torres, cuya figura de amable, gentil viejo porteño me suele recordar la de Atico, el amigo de César y de Cicerón, que fué comerciante y no retórico ni político, pero que tuvo la eficacia de un artista en la aplicación suave de la oportunidad social al choque violento de la política, apartando con acción modesta y escondida esos pequeños obstáculos que suelen detener los grandes acontecimientos, marcando y salvando siempre su personalidad de la confusión de los tiempos, con una lealtad amistosa que no se enorgullecía en la victoria y se aumentaba en la adversidad. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos.*)

Pero esto me recuerda, señor presidente, aquellos días, cuyas impresiones pido á mis colegas me permitan transparentar, en el concepto de que no puedo servir á mis convicciones con nada más íntimo que con el recuerdo de mis errores, como parte del gobierno de aquella época de la que podría decir como el héroe de Virgilio: *quaeque ipe miserrima vidi et quorum pars minima fui...*

No creáis, señores, que la cámara en que nos encontramos superará á aquella en ilustración ó en el carácter de sus hombres. ¡No! Estamos en este recinto muchos de los que entonces también nos sentábamos, entre ellos el señor ministro y el que habla. Se sentaban en esas bancas, abogados como Guillermo Torres, Beracochea, Basualdo, Molina, los Gonnet, Larsen del Castaño, Juan Lalanne, el más íntimo de mis amigos que sucedió á Tedín en el juzgado fe-

deral, y lo reemplazó dignamente; José Rober, nombres todos que han honrado ú honran actualmente el foro, la magistratura y la administración argentina; médicos como Novaro, Alba Carreras, y el eminente escritor José María Ramos Mejía;—hombres que han tenido después una figuración prominente, como Magnasco y los actuales senadores Benito Villanueva, Maciá, Mendoza, el actual ministro de la guerra general Godoy, el impulsor de la instrucción pública Benjamín Zorrilla...

No creáis que el ministerio era un ministerio de prueba; era un ministerio de prohombres; el viejo magistrado de la corte Salustiano Zavalia, en el interior; Roque Saenz Peña de quien no se sabe que admirar más, si el carácter ó el cerebro, en relaciones exteriores; el talentoso Astigueta en instrucción pública; Juan Agustín García en hacienda; Levalle en guerra.

Pues bien: con tales hombres y en aquellos días, estalló el movimiento que todos conocéis. La revolución armada fué un paroxismo de coraje en que se batieron principalmente los hombres de guerra de la nación: y pasó, como pasa el temblor de una convulsión, dejando una vez más vencedor al principio de autoridad. Nos había encontrado en medio de grandes dificultades internas, que el raciocinio siempre fácil del poder nos presentaba como meros obstáculos del momento; el éxito definitivo creíamos seguro pertenecernos.

Pero la hora del triunfo no resonó con el estruendo de las alarías en las filas de los gobernantes; por el contrario, fué seguida del más siniestro, del más raro, del más tétrico, del más aterrador de los silencios: es que había terminado la revolución guerrera, pero los tres días de la batalla habían empezado una revolución íntima, que se venía elaborando en cada espíritu por la sensación de que estaba perdido el rumbo de una marcha vertiginosa: era la revolución de cada conciencia, el estupear de cada hogar, la tribulación de cada alma; es que se oían, no ya en el licterio de los vencidos,—que permanecían mudos como el asombro,—sino hasta en el grito inconsciente del niño y en la voz angustiada y presagiosa de la débil mujer.—Casandra lo era—acentos insospechados de desolación, que despertando de súbito los ánimos alertados por la virulencia de la lucha, ó la sedimentación del poder, mordían

cada conciencia con un remordimiento y atajaban cada impulso con una duda ó un recuerdo opresor! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Es que cada uno se preguntaba en qué proporción sin saberlo y sin quererlo había expuesto su propio nombre á la ignominia que lanzaba el adversario con chasquidos de látigo vengador; en qué proporción, sin quererlo y sin saberlo, había contribuido á llevar al país al borde de los precipicios, creyendo impulsarlo en la fácil pendiente de su grandeza! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Había, señores, algo como un estupor de la inconsciencia, vuelta de golpe á una realidad terrible, preparada por los unos en el delirio del poder; preparada por los otros, — seamos justos, — en el delirio de la conspiración y exhibida ante los ojos enrojecidos y atónitos de todos en un despertar de pesadilla! (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Fué aquella primera hora de reflexión, la más amarga, la más triste, desolada y sin horizontes que yo haya visto en esta tierra!

Así, me decía yo, joven entonces, debió haber sido el día siguiente de la disolución nacional del año 20! Estos son los sentimientos que debieron experimentarse al otro día de Caseros, cuando vencida la tiranía volvía á quebrarse la nacionalidad! (*¡Muy bien!*)

¿Qué había pasado, cómo se había desarrollado tan intenso fenómeno, sin que los representantes del pueblo hubiéramos sentido aquel gran palpitante de las arterias populares, en las cuales hacía tiempo que corría sangre ennegrecida por las iras civiles? (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

¿Podría ser acaso la obra de un solo hombre en quien esa injusticia histórica del egoísmo humano, clamando por una víctima que salve la culpa de todos, ha querido, con exceso y sin piedad, concretar las desviaciones—sin la causal siquiera de tratarse de uno de esos caracteres que se imponen por soberbia y se hacen temer por maldad, pues se trataba del más accesible y bondadoso de los presidentes,—produciendo ese melancólico, injusto y sugestivo ostracismo para el cual parece no regir la magnanimidad de nuestras tradiciones políticas, que tanto han perdonado á los vencidos y vencedores de nuestra historia? (*¡Muy bien!*)

No, señores. No explicaré jamás en

esta tierra argentina la soberbia, ó la debilidad de un hombre, las desviaciones que se producen en las instituciones. No es ese nuestro camino!

No se producirá entre nosotros un Cromwell que venga con sus botas granaderas y su látigo á poner el letrero infamante en las puertas del parlamento! No saldrá un Luis XIV que diga insolentemente «El estado soy yo»! No aparecerá un Luis Napoleón que con un golpe de estado se apodere del gobierno y lo afirme con la cárcel, la sangre y el destierro!

El peligro de esta democracia argentina, influenciada aún por el régimen político del caudillaje, no es que nos arrebaten, sino que resignemos, que donemos nuestros derechos al que manda; de allí las precauciones extrañas para quien no conozca nuestra historia, de nuestra constitución, prohibiendo en érminos insólitos y estrepitosos el suicidio político en la forma de otorgar amisiones y supremacías al poder público.

Esa es nuestra característica; ese es el mal de los argentinos.

Y bien, señor presidente, en aquellos días, junto con una oleada de riqueza, que en forma de flujo había levantado todas las posiciones adventicias y las situaciones movibles, como las inundaciones levantan todas las construcciones flotantes, si bien ahogan y destruyen muchas cosas sólidamente pegadas á la tierra, junto con el fenómeno humano, que se esparce en tales épocas como un contagio, de convertir la fortuna en honor y la pobreza en vergüenza, de exagerar los apetitos de goce, y relajar muchos deberes, se habían desarrollado en el país,—en la hora en que el flujo se convertía en reflujo y todo el mundo se encontraba de golpe en la pobreza, arruinado y descontento de su suerte personal, y empeñado por conseguir un cambio cualquiera que la mejorara,—se habían desarrollado ó habían llegado á su apogeo, digo, estos dos males que caracterizan nuestra vida política y han producido todas nuestras desgracias civiles: de una parte el partidismo gubernativo vencedor, inclemente, ejercitando implacable la tiranía de las mayorías; y de la otra el espíritu opositor, no sólo llevado hasta la revolución, sino también infestado del espíritu tenebroso de la conspiración, que se cría en el invernáculo caldeado por todos los vapores acres que constitu-

yen el incentivo más poderoso de nuestras estragadas luchas políticas! Los unos no reconocían al adversario como el colaborador disidente de una misma obra, sino como el profanador de la misión de engrandecer al país, radicada en el gobierno exclusivamente; los otros no miraban en el gobierno la cosa común, sino la conquista de los fariseos á quienes debían arrojar del templo, para llenarlo ellos con su pureza!

Aquellos olvidaban que el dolor de la exclusión no la siente el que excluye sino el excluido; y éstos olvidaban que la libertad no es un derecho sino el premio del esfuerzo que se pone para merecerla!

Así se había planteado el problema de la guerra á muerte; y la disciplina había suprimido toda deliberación. Los partidos de las provincias se habían refundido en sus gobernadores; y éstos en el presidente de la república, el cual al abrirse las sesiones clamaba porque se variara el sistema electoral, para salvarse del régimen de omnipotencia que á él mismo lo aprisionaba! Pero era ya tarde... la tormenta estaba preparada, el rayo cayó y lo fulminó... Entonces ocurrió aquel raro fenómeno, raro en cualquier parte del mundo, de que el mismo congreso de la nación, que era amigo del presidente hasta poco antes, le pidiera su renuncia al mismo tiempo que el presidente la mandaba y al mismo tiempo también que el pueblo revolucionario, el pueblo sano que á lo que aspiraba no era á establecer como sistema político el de los choques violentos, corriera á la casa del nuevo presidente, como si se le hubiera quitado una angustia del pecho, como si en medio de la noche tenebrosa hubiera aparecido un rayo de sol que le mostrara y aclarara nuevas rutas! (*¡Muy bien! Aplausos.*)

En cambio quedó—y no he de dejar de decir en esta hora de justicia toda la verdad tal como la siento—quedó, señor presidente, el principio de la conspiración encarnado en un hombre de las más grandes y altivas cualidades y de muy serias virtudes, pero todas exageradas hasta el ideal pero, como convienen al caudillo del pueblo, pero no al hombre de gobierno, pues con la exageración de las virtudes, como con la exageración del poder, no se hace el gobierno eficaz y benéfico, que es obra de meditación, de equilibrio y de prudencia... Y ese espíritu de conspiración por largos años trajo penosos sa-

ludimientos en el país, que poco á poco fué volviendo á su nivel hasta el momento presente en que podemos sentarnos en esta cámara á debatir estas cuestiones, los vencidos y los vencedores de entonces. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Bien, señor presidente; son esas dos ideas, el personalismo y el oficialismo de nuestros partidos políticos de gobierno, y el espíritu revolucionario de las oposiciones, principalmente, lo que se ha tratado de destruir por medio de la reforma de la ley electoral de 1902. Es inútil hacer frases y pronunciar más discursos: el sistema electoral á que conduce la lista es el siguiente: jefe del movimiento político del país, el presidente de la República; segundos jefes, los catorce gobernadores; y luego, tropa uniforme, sin más mérito que el que les otorgue el favor, sin más títulos que la disciplina y la sumisión.

Lo que se trató de hacer con la reforma, fué que, después del presidente y de los catorce gobernadores, haya ciento veinte hombres que vayan, circunscripción por circunscripción, á suscitar la acción cívica, que está muerta, porque mientras no hubiera acción cívica en el pueblo, mientras perdurara el ausentismo, cualquier sistema electoral que se adoptara sería frustraneo y llevaría inevitablemente á la vieja tendencia del oficialismo, que por la permanencia de las mismas autoridades que lo ejercen es también permanente, constante y progresivo.

Yo me acuerdo, como un rasgo de experiencia, señor presidente, que el año 90 discutimos esa ley de elección uninominal y la hicimos vencer con buenas razones, coincidiendo en este caso los que el señor ministro decía que hablaban bien, con los que sentían bien. Mas se opuso á la ley el senado, porque en el senado estaban los patrones de los diputados, los ex gobernadores de las provincias de la época. No se consultaba para nada, en efecto, en aquellos días á la cámara de diputados; se iba á ver lo que pensaba cada uno de los senadores, porque se sabía que cada uno de ellos era dueño de tantos ó cuantos votos de los diputados. Pocos años después, pude ver la transformación de esos senadores, á quienes el impulso reaccionario había desalojado de sus viejas posiciones, convertidos en simples mendicantes de la política, por que carecían de un punto de apoyo le-

gítimo, desde el momento que la situación de sus provincias había cambiado, y la opinión del pueblo que los había llevado al poder no podía ser consultada parcialmente siquiera, por que un nuevo oficialismo absorbía la vida total de la provincia. Es así como se realizaba de verdad la fórmula del señor diputado Lucero, con que tan bien caracterizó ese fenómeno triste y doloroso, de que el último revolucionario ha sido casi siempre el penúltimo gobernante! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Es que estas leyes hay que meditarlas siempre para todas las situaciones. Acaso los que hoy gobernantes derogan esta ley, mañana, opositores sabrán lo que es verse privado de toda esperanza y de toda acción.

Voy á terminar, señor presidente.

El señor ministro no ha visto ocuparse de esa ley á ningún partido, ni á la prensa siquiera, y nos decía que si esta ley es tan buena, ¿por qué hace treinta años que se discute sin habérsela aceptado?

La constitución es más buena, señor presidente, y tardó cuarenta y tres años para ser aceptada, y no lo fué, ciertamente, por los partidos, sino por un grupo de la clase pensadora, teniendo su apoyo la espada victoriosa del general Urquiza.

Estas grandes reformas, señor presidente, se consiguen en momentos determinados, en momentos únicos en la historia, como aquellos en que se consiguió entre nosotros, porque no son un fruto del interés, ni de la multitud; son obra del pensamiento superior y de las largas vistas, imponiéndose á los pequeños obstáculos de la ambición del momento.

Pero ¿cómo no le he llamado profundamente la atención al poder ejecutivo el hecho de que seis presidentes de la República, unos en los comienzos de sus gobiernos, otros en el medio y otros en la hora de la experiencia, cuando la mirada vuelve hacia atrás, cuando el ánimo íntimamente se confiesa sus propios errores, hayan propuesto y deferido, unos con su influencia y otros con su elocuencia, esta ley que se trata de derogar?

¿Cómo no le llama la atención la indiferencia de todo el país, fuera de la mínima parte que nos escucha, cuando se debate la ley electoral cualquiera que ella sea, desde que es la única arma de que todo ciudadano puede valerse en el día en que va á ejercitar el derecho

soberano de nombrar las autoridades de la nación?

Pero si esta indiferencia es la característica de nuestra tierra: si es medianamente ella que se producen las usurpaciones de los gobiernos y de los comités; si es sobre la indiferencia pública, que crece el oficialismo, y queda preparado para el día en que una elección plante el problema, en los términos terribles de la lista, que importa el triunfo total ó de la derrota total, en que vencer no es adquirir mayor preponderancia, sino dar muerte al adversario; en que ser vencido, no es tener menos influencia, sino perderla totalmente, seguro de obtener una fácil victoria contra los partidos populares que se alistan por improvisación para ejercer sus derechos! (*¡Muy bien!*)

¿Acaso todos no sabemos que en nuestro país no hay más que dos formas de hacer elecciones: una, la revolución, y la otra, la falsificación? Esta es nuestra historia. Los partidos opositores desertan de los atrios porque el concurrir solo sirve para legalizar el triunfo escandaloso del adversario. Y no se crea que yo intente suprimir los excesos de los partidos: solo quiero controlarlos, poniendo á todos en iguales condiciones.

¡Oh! ¡Los partidos son naturalmente exitistas! Los partidos son absorbentes! Los partidos son dominantes! Son absorbentes, porque saben que toda arma que dejan es arma que va á ser tomada por el adversario. Son dominantes, porque no van de paseo, sino de batalla y al asalto. Y son exitistas, porque algun objeto concreto é inmediato deben tener las acciones humanas colectivas é individuales. Esta es la característica de todos los partidos. Negársela, es atentar contra la naturaleza humana.

Y bien: establecido el principio de la guerra sin cuartel, las conclusiones fluyen inmediatamente; y al empezarse las campañas, como otra vez lo dije, los caudillos, los clubs y la prensa gravan en su espíritu la leyenda del *voe victis*, como un lema airado que les guiará en la contienda. De allí los abusos que toda la probidad de los gobiernos es impotente para evitar, porque nadie sino un ser extraordinario es capaz de defenderse mucho tiempo de que lo favorezcan, aunque sea ilícitamente, cuando ese favor no sólo es útil, sino que salva la vida! (*¡Muy bien!*)

Yo no sé el resultado definitivo que tendrá este proyecto. Me figuro que

está muy próximo del triunfo; y todavía no he oído la explicación en virtud de la cual esta misma cámara que votó la ley electoral hace dos años, haya de derogarla,—sin poder tomar como explicaciones las de los señores diputados Lucero y Carbó, porque ellos adoptaron la misma actitud en aquella ocasión, en que sus opiniones fueron vencidas por la de todos los partidos y de sus representantes. Yo no puedo creer que el señor presidente de la República acepte esa teoría que se ha sentado: le hemos dado nuestro voto, le hemos comprometido nuestra cooperación; el presidente nos dice que la reforma de la ley electoral le es indispensable, pues debemos votársela. No puedo creer que la acepte, pues él sabe que fué con teorías de esa clase con las que se sancionó el 90 el personalismo absorbente! Como diputados, tenemos nuestra capacidad propia y los que sean amigos del presidente de la República el deber que tienen es decirle la verdad honrada y sinceramente; y el que tuviera por ello que sufrir cualquier contrariedad, contraería el doble mérito de haberlo servido no sólo con lealtad sino con sacrificio.

Los días que pasamos son días de luz y de paz. Yo podía repetir ahora aquellas palabras de César en las horas de Catilina cuando, dirigiéndose á Cicerón y criticándole sus malos ejemplos del momento, le decía: «No temo de vos ni de estos días.... Pero en las grandes ciudades hay muchos y muy variados genios». «Sed magna civitate multa et varia ingenia sunt....»

Las discordias civiles, las disidencias, las luchas han de volver; tienen que volver en esta tierra joven, llena de jugos vitales, siquiera por exceso de virilidad, para desentumecer los músculos. Y si la ley de circunscripciones entonces no existe, este nuestro país, que tiene la tendencia á unificarlo todo, hábitos, instituciones, política, leyes; donde se ha unificado el ejército, donde se han unificado los impuestos, y donde, hasta sin consideración de los derechos del sol, se ha unificado la hora, haciendo que rija la misma en Ushuaia que en Misiones... (*risas*) en nuestro país, que tiene una enorme tendencia á formar grandes núcleos políticos, acaso porque está en la infancia, que es siempre sintética, y en la primera etapa de un crecimiento cuyo secreto es la unidad y la paz, ha de volver á presentarnos el viejo es-

pectáculo y hemos de estar pendientes de la manera en que se libre la batalla, entre las grandes avalanchas que desciendan de todas las cumbres y formen al llegar al llano sólo dos grandes corrientes, como que no hay guerra á muerte con tres ejércitos enemigos entre sí. Y en ese día, ante la sola sospecha de que se vuelvan á comprometer los destinos del país, se han de volver de nuevo los ojos á la circunscripción, á ese enorme monumento de discusión, formado por el talento nacional al rededor de esta ley, que empieza por la nota de Vélez y de Sarmiento y que tiene como cúpula brillante el himno político de Roldán, y ha de volver á sancionarse, como un temperamento para salvar la paz y el porvenir, recordándose que en su primer ensayo rompió la dureza de las pasiones y el abandono, el ausentismo del atrio, en este pueblo, permitiéndole ver un día las primeras elecciones de verdad que haya visto en todos los días de su historia! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en la barra.*)

Sr. Argerich—Pido la palabra.

Voy á fundar mi voto muy brevemente, como acostumbro hacerlo, en este asunto, el de mayor interés público.

Mi voto será en contra del despacho de la mayoría de la comisión.

Contrario de la deficiente ley electoral, habiéndola combatido en esta cámara, artículo por artículo, dentro de lo que fué discutido, no crean los señores diputados que hay una contradicción en mi conducta y en mi pensamiento, aunque pueda un más cuidadoso estudio haber modificado errores ó deficiencias de puntos de vista anteriores.

En todo este luminoso debate se ha hablado del distrito y de la lista, como de dos términos únicos, á veces con unción casi religiosa, cual tema litúrgico, sin darse cuenta, en mi entender; de que esas formas y esos términos son acaso los términos mínimos del problema. Hacer, ante las necesidades de la nación, un gran debate del escrutinio de lista y del distrito, prescindiendo de todas las demás cuestiones fundamentales que suscita la ley electoral, es optar por lo menos y prescindir de lo más importante y substancial. (*¡Muy bien!*)

Habría deseado que este debate se trabase alrededor del importante pro-

yecto del señor diputado Lucero, con los complementos del trabajo del señor diputado Oliver, ó que el debate se trabase sobre la amplia y comprensiva iniciativa del poder ejecutivo de la nación, con la cual, introduciéndole ciertas variantes, hubiéramos podido llegar á tener una ley mejor que corrigiese las deficiencias fundamentales de la que actualmente rige en la República Argentina. Pero este proyecto ha sido echado como por sobre la borda al mar, en virtud de razones que yo no encuentro del todo atinadas ni del todo justas; en virtud de razones de comprensión neuromática, que sugieren, en cierto modo, la idea del vacío; (*¡Muy bien!*) en virtud de las reclamaciones inaceptables de la comisión, de que hay á todo trance que sancionar algo, so pretexto ó riesgo de no sancionar nada, cuando en una cuestión como ésta no se nos pueden contar los días, ni ha sido tan largo el debate que tengamos miedo, ante la manera luminosa como ha sido presentado, de que de él no pueda surgir la luz para los intereses permanentes del país. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Debo enumerar brevemente las omisiones y los errores de la ley y los de interpretación que la aplicación de la ley ha dado lugar; y al mismo tiempo las fáciles, no complicadas sanciones, por medio de las cuales, se podrían corregir muchos de los vicios del sufragio en la República Argentina, y de paso, y sin mayor detenimiento,—por creerlo superfluo—hacer notar esos errores.

El ausentismo, la falta de concurrencia del elector á la urna electoral, es el gran defecto fundamental de la democracia argentina. Con un simple precepto, reproducido de la ley belga, que declarase la obligación del sufragio, quedaría corregido ó castigado ese defecto, y recordando las iniciativas insistentes del señor diputado Varela Ortiz para producir la multiplicación del comicio en la república,—descentralización que puede aumentarse y será de gran resultado,—explico el aumento de votos en las últimas elecciones.

La ley, por medios mecánicos, dando facilidades al voto, ha destruido el viejo y combatiente comicio, donde los ciudadanos no podían actuar, á donde era imposible llegar si no librando verdaderas batallas. No por las razones del señor diputado O'Farrell, sino por ese motivo,—la ley ha resuelto una de las

más graves y serias cuestiones electorales que nos afligían. (*Muy bien!*)

En aquellos debates de hace dos años, propuse á la cámara, y el señor diputado Vedia sostuvo con toda la autoridad y prestigio de su palabra, de que carece el que habla, la supresión del sufragio en el analfabeto: privándole del derecho, se llegaría á mejorar indirectamente la democracia argentina, habilitando los votos mejores para el mejor desempeño del sufragio. Segunda reforma fundamental que fácilmente podría tratarse y votarse y que en Chile, ha dado grandes resultados, en el sentido de así ser los grupos políticos verdaderos auxiliares de la tarea educadora del estado.

Se ha querido también en la ley vigente, dar un amparo á la identidad del elector por medio de la libreta cívica, especie de vende-votos á la orden, sin control.

Esa libreta resulta casi un documento nocivo, porque es de venalidad. Se le despacha, sin control alguno efectivo y estoy seguro de que el ministerio no podrá dar el haber y el debe de la expedición de esos instrumentos públicos; de las salidas de esos documentos habilitantes de la personería del ciudadano. Tercer reforma fundamental muy necesaria, que el diputado Oliver ha estudiado en un proyecto.

Nadie ignora que por medio de esta ley, contraria á todos los antecedentes de las leyes electorales argentinas y á los mandatos de la constitución, hemos quitado á la jurisdicción federal de la capital el conocimiento de las causas electorales; y tenemos que aquí los jueces del crimen, no en las provincias, sin la noción exacta de la jurisdicción, en contra del precepto constitucional que ha querido hacer nacional esa justicia, se han avocado el conocimiento de las causas, y todos los procesos han dado por resultado la negación de derechos que la ley misma ha querido garantizar (*¡Muy bien!*) No admiraré jamás, ni por un solo momento es posible sostener, que los jueces del crimen, ordinario deban tener esa competencia en asuntos que la constitución nacional jamás quiso poner en sus manos, porque son de exclusivo resorte federal.

Ahora bien: ante éste y diferentes puntos correlativos de los defectos fundamentales de la democracia argentina, que estriban, primero, en el partido, en la ignorancia de las masas, en el ausen-

tismo y en el abstencionismo, que se corregirían por medio del voto obligatorio, digo que la cuestión de la lista y del distrito no forma parte de mi credo y es simple cuestión de segundo término ante la gran importancia de todas las otras comprometidas en la ley electoral vigente, que es, fielmente estudiada, sin pasión ni animadversión de ningún género, una ley deficiente en su estructura, en su redacción y en sus alcances, que ha puesto en grandes aprietos á los poderes públicos y á los ciudadanos, al aplicarla. (*¡Muy bien!*)

Ahora, yo no sé hasta dónde la insinuación de una idea nos podría llevar fácilmente á resolver mejor esta cuestión fundamental, para bien y prestigio mayor de las instituciones y del país. Por ejemplo, constituyéndose esta cámara en comisión, discutiendo ámpliamente, en ese debate excepcional y útil,—para venir á votar lo que se acuerde, no sé hasta dónde no sería posible conseguir una ley mejor, rápidamente, para beneficio del país, discerniendo al poder ejecutivo todos los honores que le corresponden en esta iniciativa, que en parte ha sido abandonada como tarea de conjunto, para simplemente circunscribirse á un punto menor de la reforma.

El ausentismo y el abstencionismo, la ignorancia de las masas y el egoísmo feroz del buen elemento; la emisión clandestina de las libretas y la cuestión de competencia de los jueces, son más trascendentales que el escrutinio y la lista, que carecerán de importancia el día que el voto, que debe ser secreto, sea un deber cívico y no un derecho lisamente. (*¡Muy bien!*)

Habría concluido aquí mi exposición, si todo este debate, en los días anteriores, y si en las mismas palabras, tan elocuentes y brillantes, que hemos escuchado hoy en este recinto, no pusieran á mi espíritu en la obligación de detenerme en un punto, en mi entender de carácter fundamental. Al fin, en todos estos debates hay el objetivo principal, el objetivo inmediato, el cuerpo de legislación que se somete á la sanción del congreso; pero junto á ellos se agrupan y se enlazan las referencias y concordancias de la política, de tal modo que se deben tener en cuenta los rumbos de ésta y los intereses primordiales del país. (*¡Muy bien!*)

En el discurso del señor ministro del interior y en otros discursos que se han

pronunciado en este recinto, á cada momento se nos habla y se nos dice que es necesario que el país proceda á la formación de partidos orgánicos, como barca ó arcas santas de salvación. Y yo me pregunto: ¿Qué quiere decir esto, qué propósito se tiene en esto? Los partidos orgánicos, dentro del alcance que tiene la definición de las palabras, se confunden para mí con los órganos aquellos de Mostoles, que no siempre se acuerdan,—ó mejor dicho que son como *chateaux en Espagne*, de imposible realización, porque precisamente en estas cosas no se crea lo ficticio ni se remontan las corrientes. (*¡Muy bien!*)

¡Creación de partidos orgánicos!... Yo creo que hasta contradicción gramatical hay entre los dos términos. Partido orgánico querrá decir partido tradicional; y hablar de su creación actual es una fantasía. ¡Dios libre al país de la formación de los llamados partidos orgánicos,—que pasarán á ser partidos tradicionales; de esos grupos que no conocen el hoy porque lo confunden con el ayer y que menos conocen el mañana porque lo confunden con el intayer. En su molde estrecho han dado al país, en febrero pasado, una idea de lo que son los partidos tradicionales, estereotipados, estériles, insusceptibles de moverse. (*¡Muy bien!*) Los partidos tradicionales han dado á la América en la República Oriental del Uruguay, el espectáculo terrible de la lucha casi caínica, semi-secular de blancos y colorados, sin cuartel y sin amor, porque esos partidos en el fondo obedecen sólo á aquella idea al parecer trivial, con que el duque de Monmouth, evacuando la consulta de su hijo sobre cómo debía votar en una cuestión política fundamental de idea y de principio, le decía severo y grave: «Tu debes votar con tu familia». (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Señor: yo mismo en una ocasión, estando más cerca que hoy de mi salida de la universidad, y creo que en esta cámara también,—limitando mis conocimientos de la historia inglesa á lo que llamamos la enseñanza clásica de ella, teniendo el pensamiento fijo en los libros, vistas y pensamientos de Macaulay, que señalan sólo un punto de partida en estas materias; me sentí halagado por la doctrina de los dobles partidos ingleses que venían luchando tradicionalmente, rara vez unidos, siempre contrarios, haciendo la democracia in-

glesa. Pues bien; esa página maravillosa de Macaulay, es para el estudio fundamental de la historia contemporánea una página falsa, ó deficiente al menos, porque es la apología de un régimen destinado entonces á morir pronto en la propia Inglaterra. La lucha grande y educativa de los partidos ingleses es, para nosotros, indiscutiblemente la que arranca del año 1846, en que Roberto Peel, contra todas las tendencias del espíritu partidista, hizo votar la abrogación de las leyes sobre cereales y rompió el dualismo de los partidos ingleses. Desde entonces la democracia de esa nación, al amparo de las ligas y en el desarrollo pleno de su personalidad grandiosa, realiza, grande en los siglos, la evolución inmensa del siglo XIX. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas.)*

Repito que lo que se llama partido orgánico en el sentido que yo lo entiendo, no puede ser ó aspirar á ser sino tradicional, salvo que no signifique absolutamente nada la unión de estas palabras. No es una fórmula de promesas para la democracia; tiene algo de la iglesia, del sentimiento estrecho del creyente que mira con desconfianza al creyente del bando contrario, de religión contraria; y al amparo de tales ideas jamás podrá realizar la democracia sus grandes principios vitales y sus grandes fines. Insisto en que la disgregación del partido de Peel quitó al dualismo de los partidos su razón de ser histórica y su base material. Ello explica, contra la concepción dentro del viejo tipo tradicional, la alta significación política de todas las ligas inglesas y esa política es la que ha triunfado en Francia, en la forma de la reconcentración republicana, para destruir las tentativas del imperio y de la realeza. Es también nuestra ley oficial. Ha venido insinuándose poco á poco y ha mejorado lentamente las condiciones de la política argentina.

¿Está tan lejos el recuerdo de los viejos enconos y de las batallas, debida á esas tradiciones? Por ejemplo: ¿Cuánto tiempo se ha combatido á don Bernardo de Irigoyen, de naturaleza suave y culta, incapaz de provocar renillas y despertar rencores, con el dictado de federal? Con relación á Sarmiento y Mitre ¿cuántos viejos federales llegaron al odio y al rencor contra su procedencia unitaria? Grande fué el día nacional en que todos esos rótulos ó membretes

de ocasión desaparecieron para hacer surgir las formas mismas de la democracia, en la conquista de la libertad contra la tiranía, en la conquista también del elemento unitario por la doctrina amplia y luminosa que hará con la federación y por siempre feliz á la tierra argentina, sin que pretendidas ficciones ni nuevos anhelos unitarios puedan jamás encauzarla por caminos diferentes. *(¡Muy bien!)*

Esa política de infiltración paulatina, de progreso en las ideas, esa política que substituye á la noción de partido,—excluyente, severo, áspero, que vigila en las puertas del congreso á los diputados con el mandato imperativo,—esa doctrina es la doctrina de la política del acuerdo, de la alta política que ha permitido al país, en época reciente, al amparo de la resolución de sus cuestiones internacionales, sentir la renovación de vida, el alma nueva que por todas partes estalla como una promesa y como una bendición. Esta política yo no la quiero traer en forma de debate en este momento á la honorable cámara. La he servido con todas mis convicciones durante mi actuación parlamentaria; y ella, á la luz de sucesos revolucionarios no muy distantes, ha de adquirir creciente renombre en la historia argentina y ha de recibir mañana la justicia plena de la posteridad para gloria de sus inspiradores, tal como hace un momento recordaba yo la acción del político inglés que al quebrar la unidad de su partido sirvió al más grande interés entre los intereses permanentes de su patria! *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)*

Es una evolución, señor, que está en el mundo; es una evolución de las ideas y de los procedimientos en todas partes de la tierra; y cuando este país ha resuelto en paz y en libertad, según los deseos del patricio ilustre, la cuestión presidencial; cuando el gobierno ha surgido exactamente de un acto de desprendimiento que significaba el debilitamiento del espíritu de partido, porque con el espíritu de partido triunfante jamás se habría producido la última solución presidencial de la república, *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)* yo digo, señor presidente, que esta ley debe atinar y buscar la representación del pensamiento nacional.

Dar al poder ejecutivo la acción de propaganda, de simpatía que tiene que desempeñar, desenvolviendo su acción

de acuerdo con sus compromisos morales y antecedentes bien claros, no significa de ninguna manera reatar su esfera de libertad, ni disminuir sus fuerzas para gobernar. La acción del gobierno es, por excelencia, una obra de extensión.

Yo, señor presidente, echo un velo á mis ojos en medio de este recinto, me reconcentro un instante, y pienso en los partidos orgánicos tradicionales. ¿Qué nos divide? ¿Cuáles son los grupos contrarios que permitan formar entre nosotros dos hileras y poner de un lado los blancos y del otro los rojos? Uso esta palabra para no quitar el sitio, en cualquier lado, al señor diputado por la capital, que predica el socialismo. Nada ve!

¿Cuáles son las normas y reglas de gobierno? Un parlamento no debe llegar á ser éco ni sufrir el poder de los partidos! Es un punto de cita de los representantes de las opiniones todas de la nación que no buscan en el peso de mayorías despóticas ni en minorías aplastadas, las mejores soluciones medias para el bien general y no para el bien de los partidos. (*Muy bien! ¡Muy bien!*)

Yo sé, señores, que estoy abusando...

Varios señores diputados — Nól nól!

Sr. Balestra—Es de lo más elocuente y más verídico que se ha oído en este parlamento.

Sr. Argerich—Solamente trato de fundar mi voto, y lo voy á salvar. La política nacional, la de grandes ideas y que no hace de las elecciones el fin mismo, porque es un fin precario, para todo estadista,—es una misión de gobierno. Dictar leyes, hacerlas cumplir y cumplirlas, con un gran sentimiento de ponderación y de equilibrio, es el único programa ó debe serlo. Después de la definitiva conquista de las libertades fundamentales, dice un autor, es elemental que todos los problemas de gobierno y administración, no pueden crear partidos tradicionales, ni permanentes, ni dividir los espíritus durante generaciones enteras; tanto más cuanto que toda la acción del último cuarto de siglo, en Inglaterra y Estados Unidos, es una perpetua defensa del interés social contra el interés partidista. Fuera del procedimiento concordatario ó de la armonía leal y patriótica, se alza el Caucus! Gobiernos rectos, frente á parlamentos libres; ese es el camino, es la vía y la verdad, apesar de los obs-

táculos y de la debilidad y de la fuerza del pasado y es así porque es la expresión de la vida misma y la promesa del porvenir. (*Aplausos*).

Al fundar mi voto, á favor del proyecto del ejecutivo con algunas reformas, y á favor del despacho de la minoría, no incompatible con él y ya exigido por el país—digo que si hubiera tenido tiempo habría hecho un análisis de los votos dados aquí en todas las grandes cuestiones, para llegar á la demostración final, completa y acabada, de que en la tierra argentina no medran ya los partidos excluyentes ni los partidos tradicionales, porque,—venito bien claro,—resueltas todas las libertades fundamentales, no pueden dividirse sino transitoriamente las demás cuestiones de gobierno, porque lo contrario sería ir en contra de los intereses permanentes del país.

Yo no quiero decir nada más. (*Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en la barra*).

Sr. Palacios—Pido la palabra.

Sr. Peluffo—Pido la palabra.

Sr. Varela Ortíz—Podríamos pasar á cuarto intermedio.

Varios señores diputados—No! No!

Sr. Peluffo—Señor presidente...

Sr. Presidente—Permitame el señor diputado.

El señor diputado Palacios tiene la palabra.

Sr. Palacios—Tengo mucho gusto en cederla al señor diputado.

Sr. Presidente—El señor diputado por la capital ha solicitado pasar á cuarto intermedio...

Sr. Peluffo—Yo rogaría que se me dejase hablar enseguida, porque esto sería promesa segura de ser breve, aun contra mi voluntad, y sobre todo contra mi impericia que haría alargarme más á pesar de la promesa que generalmente se hace de no ser demasiado extenso.

Yo no debía haber hablado en este asunto, si algunas insinuaciones que sin haber llegado á ser personales no hubieran siquiera alcanzado á un radio relativamente estrecho en el que yo como otros colegas, que genuinamente hemos nacido por primera vez de la circunscripción, sin haber tenido el antecedente de haber salido otras veces por la lista, no me sintiese, indicado por las alusiones del señor diputado Carbó cuando con un efecto admirable y que en justicia hay que rendirle, hacía un ar-

gumento talvez de escaso fondo pero en realidad de muchísimo efecto de ese pequeño vicio ó inconveniente de la ley que todos debemos condenar enérgicamente: el de la venalidad. Y desde luego, me bastaría, señor presidente, para desligarme de todo compromiso el que en este grupo de los elegidos en la capital por el voto uninominal hay un caso á salvo de esa posible imputación de haber cometido como cómplice ó como autor directo este fraude, nos bastaría señor presidente la presencia aquí del diputado Palacios para que todos nos creyéramos perfectamente purificados á su sombra en este punto que resulta ser uno de los más graves, uno de los más terribles en contra del voto uninominal. (*Muy bien!*)

Pero, señor presidente, antes que esto el señor diputado Carbó traía al debate una cuestión que va tardaba mucho en aparecer. Recordaba todos los peligros, todos los tristes presagios que podían temerse para el futuro de la república, para la estabilidad de nuestras instituciones con la intervención del elemento extranjero en nuestras luchas electorales.

Estoy tentado de seguirlo en esas sospechas y en esos presagios pero yo no sabría, para acompañarlo decididamente como quisiera, cómo conciliar los propósitos que han tenido nuestros constituyentes cuando no han esperado á que esos extranjeros al venir á nuestro suelo trajeran credenciales de afuera, sino que le reconocieron como credencial única, más que suficiente, el preámbulo de nuestra constitución. No sé cómo conciliar esto con los rigores, con estas excepciones y estas meticulosidades con que ahora queremos rehusarles el acceso á los comicios políticos. No sé tampoco, señores diputados, cómo detener al extranjero con simples temores de esta naturaleza, cuando les hemos abierto las campañas feraces de nuestro suelo, cuando les hemos abierto nuestros brazos y con ellos todos los caminos que van á nuestro corazón y á nuestros amores. (*Muy bien!*)

Cuando por último, señor presidente, nunca dejamos de mencionar como á los mejores obreros de nuestro progreso, como la mejor garantía conservadora para la estabilidad del orden, ese mismo elemento extranjero incorporado á nuestro país.

Pero esto, que fundado en una hipótesis más ó menos remota, es un temor

que yo podría llegar á compartir, no alcanza á desvirtuar en mi convicción otro temor que tiene á mi modo de ver más eficacia, porque está fundado no en una presunción del porvenir, sino en un hecho doloroso y melancólico del pasado en nuestros anales políticos.

Yo lo recordaré para que se establezca siquiera la proporcionalidad de la fuerza de nuestros argumentos, que una vez, no hace mucho tiempo, una minoría política vencida y derrotada, un partido argentino creyó que era patriótico armar el brazo de los extranjeros y lanzarlos en la turbulencia de una revolución, algunos de cuyos eslabones, todavía ocultos, estamos golpeando con el martilleo continuo de la represión á fin de que no se vuelvan á juntar, estrechando entre la violencia y el desorden todas las situaciones que han gobernado desde aquella época la república. Ese es tal vez el verdadero peligro, y entonces hay que desubicarlo de la cuenta del sistema uninominal para trasladarlo á la del sistema de la lista.

Se nos dice también, invocando principios científicos: las minorías están en derrota, las minorías han perdido terreno, y las últimas manifestaciones de los grandes escritores y de los grandes pensadores en la materia, indican que no es la acción y el prestigio de esas minorías lo que debe influir más en la marcha de la política y en la mejor manera de gobernarnos.

Es posible, señor presidente, que alguna vez lleguemos á este término, y puesto que se invoca como científico, alguna vez deberá predominar; pero nosotros no podemos de esta manera, en medio de un pueblo que como lo ha dicho el mismo señor diputado Carbó está recién en formación, y que no hemos alcanzado todavía, ni al hecho de reconocerles personería á esos «residuos de partidos», como se ha denominado en este debate, á las minorías; pues ni siquiera hemos llegado al caso de respetarlas, porque yo he de recordar el sentido de las palabras del señor diputado Lucero, las que me hacen suponer que á este respecto no tenemos, ni el pensamiento de arrojarles gentilmente flores en ese camino en que siempre salen derrotadas y vencidas. (*Muy bien! Muy bien!*)

No tomemos por esto los extremos científicos: atengámonos primero á las realidades de los hechos, y así vemos que las minorías entre nosotros han sido siempre el núcleo de la eterna pro-

testa de los que creen ver en la mayoría, conseguida de cualquier modo, el derecho absoluto de gobernar el país contra todo y sobre todo. La ley que estamos discutiendo no va sin embargo al fondo mismo de las instituciones que los temores del señor diputado Carbó hacen creer que están en peligro.

Es una ley simplemente de procedimiento. Es una ley que nos recuerda no el estudio, no la necesidad de investigar las cosas que informan el centro mismo de nuestras instituciones orgánicas, sino que nos recuerda algo que, á fuerza de haberse levantado el debate á las alturas casi inaccesibles del gran pensamiento político, por el talento y la inteligencia de los señores diputados que me han precedido en el uso de la palabra, lo hemos llevado tan lejos de los hechos primarios, que el solo propósito de recordarlos, es algo como anticuado. Lo hemos sacado de lo que esencialmente constituye el fundamento de esta cuestión; lo hemos sacado de lo que palpita en el hecho, en el terreno mismo de la lucha política, de la verdad del sufragio, señor presidente, porque, y ahí se verá la razón de ello, ni el gobierno ni los partidos, ni la prensa ni todos los órganos políticos de la nación proclaman como mejor, ni se entusiasman por ningún sistema político determinando en cuestión electoral. Pero había, señores, un grito unánime que no ha cesado sino con la sanción de esta ley de sufragio uninominal. Había una protesta que se ha convertido en obsesión, que ha corrido como fórmula de desprecio, y de incredulidad para todos, y ésta es: que habrá todas las combinaciones posibles para el gobierno de los pueblos, que habrá todas las ideas nobles y levantadas para la constitución de los partidos, pero que no hay con la legislación anterior que se pretende restablecer ninguna verdad, ni la más elemental en los comicios donde se deposita el voto. (*Muy bien! ¡Muy bien!*)

Volvamos, por lo mismo á la raíz de la planta, como quería el distinguido diputado señor Carbó, y digamos que no son, señores, las combinaciones, más ó menos erróneas de los grandes pensadores argentinos en política, las que van á sacar de tierra esa raíz.

Algunas palabras del señor diputado Argerich me han sugerido por otra parte, algo también pertinente y oportuno; y tomaré pie de ellas para glosar algo que se ha traído á este debate, como de lo

que más conmueve el espíritu nacional, que hará vacilar nuestras opiniones en este recinto y en cualquier momento cuando se trata de buscar un punto supremo de orientación política.

Nos ha hablado de los futuros partidos constitucionales, relacionando así su fórmula con la de los partidos orgánicos, como la presentaba el poder ejecutivo nacional. Acabamos de ver también las dudas justificadísimas del señor Argerich sobre esta antinomia de fórmulas y de conceptos, porque si nosotros podemos saber lo que significaría resucitar las cuestiones ya retrospectivas y antiguas de federalismo y centralismo de nuestras tradiciones políticas para venir á hacerlas servir de nueva pauta en la que se diseñen los caracteres típicos de nuestros futuros partidos con otras proyecciones en este terreno movedizo y cambiante de nuestra política actual, yo creo que es aventurarse en un terreno de profesías inciertas en el que no tenemos derecho sino á la simple conjetura. Los partidos actuales sin duda están en crisis, precisamente porque no hay propósitos fundamentales que nos dividan; y esto también exige de nosotros una atención preferente para que veamos cuál será el rumbo más acertado de los partidos que vengan, y que nunca sería por cierto ese pasado, que no debemos ni podremos provechosamente reproducir.

Yo no sabría definir cual podría ser el móvil que sirva de fundamento á la formación de un partido orgánico constitucional y de principios, en este momento; y no lo sé porque todo es rápido entre nosotros, todo se mueve y progresa de un modo imprevisto; y yo necesitaría entonces conocer cuales serán los intereses, cual será el desarrollo de ideas, de asuntos y de convicciones que vayan á informar estos nuevos partidos en el futuro, cuando no tengamos solo catorce provincias con tradiciones propias y su historia hecha, y definitivamente concluida, cuando tengamos en cambio en el desierto de Atacama, donde algún cazador animoso, siquiera sea casualmente, descubra el venero rico de una mina, que permita levantar una ciudad á cuatro mil metros de altura como Potosí; cuando ese Chaco, pantanoso y desierto sea una campiña fértil, donde se pueda cultivar tanto arroz como en el Japón y tanta caña de azúcar como en Tucumán, y finalmente, cuando ese inmenso territorio de la Patagonia con diez mil millas de ribera y riquezas naturales

casi desconocidas pero inmensas, se conviertan en otras tantas provincias como las actuales ó el doble tal vez, y desde Bahía Blanca hasta el Estrecho haya tantas familias patriarcales como colonos boers y galenses pueblan; ya esas tierras y tantos rebaños como granos de arena remueven las olas del Atlántico en esas imponentes playas de nuestras costas.

Pero actualmente nuestra obligación es más sencilla y felizmente más fácil. Preparemos nosotros la tierra y dejemos que otros pongan el grano, que otros todavía recojan el fruto.

No nos apresuremos tanto, hagamos obra de verdad y dejemos una ley, a actual, si es suficiente para garantizar esa verdad y esa libertad electoral; y si no es suficiente, busquemos cualquier otro medio, busquemos cualquier otro sistema que la supla. Pero no sé como convencerme de que porque la ley actual tiene errores de detalle, hay que volver á la antigua, donde fatalmente está la mentira reconocida por todos, hasta por los que han beneficiado de ella.

Yo no he oído por lo demás á ningún señor diputado que haya hecho aquí el elogio de la venalidad y del fraude; y si bien es cierto que nadie está habilitado para tirar la primera piedra en cuestión de posibles fraudes en las urnas, yo debo decir que no me limito á condenar la venalidad, de la que debo confesarlo, pude ser víctima, porque se ha operado, lo hemos visto nosotros como actores y no como meros expectadores, practicándose por el sindicato corrompido, que no se ofrecía en cualquier momento, sino que había estudiado y esperado el momento aquél en que la visión terrible de la derrota hace desequilibrar el pensamiento y hace estremecer la conciencia, aquel momento terrible en que las nociones más grandes de virtud, de dignidad y de altivez vacilan, se desorientan ó mueren. Entonces, como en todas las asechanzas del vicio contra la virtud, la moral ó la dignidad del hombre está á merced de los que aprovechan de ese defecto de la ley actual, que yo creo por esto realizan una perfecta abominación. Pero ésto, como ya se ha dicho por otros, y no hay para qué repetirlo, es una deficiencia que tiene remedio con el voto secreto. Lo que no tiene remedio, por que no lo he oído indicar ni lo concibo yo, es cómo con la ley anterior, con la que se quiere reimplantar de nuevo, se pueda combatir el

fraude y la opresión del oficialismo en las luchas electorales.

Acompaño, por esto, á todos aquellos que quieren que la ley actual se perfeccione, que la ley actual se desprenda de todo que la hace abominable y odiosa, pero no sencillamente dando un paso atrás, volviendo al otro sistema, ya definitivamente condenado, sino como lo decía el señor diputado Argerichi, perfeccionando los más menudos detalles, pero importantes, de esta ley, para que ella satisfaga las verdaderas aspiraciones públicas.

De todos modos, si esto no se llegara á hacer, si esto fuera imposible, por todas las razones que se han dado y que han constituido el tema de este debate, ó por que ya está resuelto el término de esta discusión y de esta votación; de todos modos, quedará siempre esta impresión final: habrá muchísimas dudas amontonadas en el ánimo de los que voten de una ó de otra manera en este asunto; habrá muchos temores que han surgido en el cambio de ideas, temores importantes para los que por poco que fuese, tengan un propósito de progreso, un propósito benefactor en todo aquello que importe un bien para el país. Pero en realidad, no quedará una sola esperanza de reacción en esto que, como ya dije, es constante, es perpétuo, la protesta de todos por la, al parecer, inevitable falsificación del voto por la imposición ó por el engaño.

De todas maneras si llegase á sancionarse esta reforma inconveniente, habrá que cruzarse de brazos por tiempo indefinido, esperando mejores épocas y lamentando con una verdadera melancolía, que las fuerzas políticas en acción se agrupen perpetuamente alrededor de los partidos, que solo son fuertes, porque están alrededor de los oficialismos, y que constituyen de esta manera la única fuerza política con derecho efectivo de cercarse con éxito á los comicios, desprestigiados por estos exclusivismos absorbentes que relajan, todos los resortes vivos de la opinión pública, sin acordarse de que siempre sería preferible, aunque no tan cómodo, acudir en busca de verdadera consagración á las corrientes populares, las únicas donde en realidad siempre flotan los ideales democráticos y las sinceridades republicanas.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas.*)

Sr. Balestra—Hago moción para

pasar á cuarto intermedio. La hora es muy avanzada.

Sr. Castro—El señor diputado Palacios tiene la palabra. Sería hacerle un desaire.

Sr. Palacios—No, señor; no lo voy á interpretar en esa forma. Al contrario: si la cámara está cansada, me agrada.

Varios señores diputados—No, señor; le escucharemos con mucho placer.

Sr. Balestra—De si estamos ó no cansados, puede darse cuenta el mismo señor diputado.

Sr. Palacios—Perfectamente. Voy á molestar por poco tiempo la atención de la cámara.

Después del luminoso debate de 1902, después de los elocuentes discursos pronunciados últimamente, me parece que sería petulancia de mi parte creer en la posibilidad de aportar argumentaciones no aducidas. Sólo me inducen á intervenir en la discusión dos consideraciones que para mí son fundamentales: primero, mi situación en esta cámara, de único representante de un partido político, lo que me coloca en el deber ineludible de emitir mi modesta pero sincera opinión, diametralmente opuesta al informe de la mayoría, y segundo, el hecho de que el señor miembro informante de esa mayoría; en su discurso, donde no se ha olvidado de hacer resaltar reiteradas veces que tenemos un gobierno respetuoso de las instituciones y exacto cumplidor de sus promesas, haya emitido apreciaciones altamente injustas respecto de una fracción popular, respetable, aun para su espíritu aristocrático, y tanto más respetable tratándose de la ley de elecciones, con motivo de la cual esa agrupación de pueblo ha dado el mejor ejemplo de desinterés y de convicción. (*¡Muy bien!*)

Mientras discutimos, con el apasionamiento que caracteriza todos nuestros debates, la reforma de la ley electoral, el telégrafo nos trasmite la nueva de que en Inglaterra, la vieja tierra de libertades, por iniciativa del ministro Balfour se modificará la ley de elecciones para establecer la representación proporcional.

¡Cuántas reflexiones, señor, nos sugiere ese hecho, en este momento histórico! ¡La Inglaterra, maestra de democracia, marchando siempre adelante, ejemplo viviente de independencia, de fortaleza

en el cuerpo y en el espíritu!... ¡Y nosotros, que somos un país joven, lleno de hermosos ideales, que debiéramos odiar el estancamiento y el retroceso que es peor; que no tenemos tradiciones vetustas, que son valedores al des-envolvimiento progresivo, que debiéramos traer el porvenir para suplantarlo al presente; que deberíamos andar, pujante, vigorosamente, camino del progreso, nos detenemos, echamos una mirada vacilante hacia lo que queda atrás, mientras todo sigue siguiendo, y en presencia del andar majestuoso de las naciones que no pretenden detener el torrente victorioso de la democracia, imitamos al rezagado Portugal...—el *tuberculoso* Portugal, lo llamó el señor diputado Olivera en esta cámara!—...al Portugal, señores, que en estos últimos años presenta el único ejemplo de nación, ya que la Suiza permite la intervención de las minorías—que después de haber conquistado el voto uninominal, retrogradó al escrutinio de lista, asfixiante y antidemocrático que se pretende volver á implantar entre nosotros!

El programa mínimo de mi partido al cual he adherido por un acto libre y espontáneo de mi voluntad, establece la representación proporcional; y en ese sentido, soy ardiente partidario de la reforma presentada por mi distinguido colega el diputado Mugica, cuyo discurso todavía no ha sido contestado; reforma constitucional que yo propicio entusiastamente, por que lejos de implicar la inestabilidad, como sostenía el diputado Lucero, garantiza la firmeza de los principios democráticos; reforma de la carta fundamental que para salvar los escrúpulos del señor diputado Carbó, podría realizarse estableciendo que los electores deberán elegirse por el sistema de la lista.

De acuerdo con mis principios, sostengo con Pírmex, diputado al parlamento belga, que el verdadero ideal es que el cuerpo representante sea la imagen del cuerpo representado; que si en el cuerpo representado hay negro, azul y rojo es menester que en el cuerpo representante haya negro, azul y rojo.

Pero en presencia de los dos sistemas que son términos del dilema planteado, yo no puedo vacilar ni por un instante en aceptar, en sostener con todo el calor de mis convicciones, el sistema del voto uninominal que indiscutiblemente se acerca más á la representación de las

Julio 14 de 1905

CÁMARA DE DIPUTADOS

11.ª sesión ordinaria

minorías, que para mí es el ideal en materia de sufragio.

La ley de lista, que ha sido repudiada por todos los tratadistas y hombres de estado, aun dentro de nuestro país, como ya elocuentemente se ha demostrado, ha producido efectos desastrosos que en gran parte desaparecieron en virtud de la reforma de 1902, con motivo de haberse implantado el voto uninominal.

El comicio estaba desierto; la función más noble del individuo dentro de la democracia no se ejercía; no había vida cívica, se producía el espectáculo triste de que no hubiera un elector consciente que se acercara al atrio.

Por nuestra constitución el gobierno debe ser simplemente un efecto: el pueblo es la causa; pero en realidad, la ley de causa y efecto no regía aquellas entidades: el pueblo no votaba y por lo tanto los representantes no representaban los verdaderos intereses del pueblo. Un desencanto profundo, una decepción completa, un escepticismo aplastante embargaba todos los espíritus; la ley de elecciones era enervante y el enervamiento de los ciudadanos determinaba la omnipotencia de los gobiernos. Las minorías no tenían entrada en el parlamento sino pasando por las *horcas caudinas* del acuerdo; una vez que pasaban se mezclaban con la mayoría. Las minorías que quedaban afuera, en virtud de su inflexible intransigencia, se debatían, señor, en convulsiones, en conmociones y turbulencias, sin que el eco de su voz repercutiera en la representación nacional, y de ahí los estallidos que turbaban la tranquilidad y que no eran sino fenómenos perfectamente naturales, síntomas de una enfermedad no comprendida.

Pero por iniciativa del poder ejecutivo se produce la reforma de la ley, estableciéndose por sanción de este parlamento el voto uninominal, y entonces el escenario cambia favorablemente á pesar de los inconvenientes que tiene el sistema. Los candidatos se acercan al elector; establecen una relación directa, sin intermediarios, y saben de antemano que su porvenir de hombres políticos depende de la actitud que observen en el parlamento, porque van á ser su mejor control los electores que los lleven á ocupar una banca. Algunos se mezclan entre la multitud haciendo verdadera vida democrática, sintiendo las palpitaciones siempre generosas el

pueblo, oyendo sus clamores, palpando sus necesidades y aprendiendo á amarlo con ese cariño profundo de que sólo es capaz el que alguna vez se ha sentido carne del pueblo mismo. (*Muy bien!*)

Y así surgen los verdaderos representantes, elaborados en las enrañas del pueblo, que no es, como alguna vez ha sostenido el señor diputado por Tucumán, esa multitud miserable y hormigueante de pigmeos á los pies de los héroes, ya que el concepto científico moderno ha establecido que las causas últimas de las modificaciones sociales y de las revoluciones políticas, repito las palabras de Marx, no han de buscarse en la cabeza de los hombres, en su visión cada vez más clara de la verdad y de la justicia, sino en las transformaciones del modo de producir y de cambiar de los pueblos.

Pero el señor miembro informante de la mayoría de la comisión nos ha presentado á todos los diputados que hemos surgido de los distritos en las elecciones de marzo de 1904, como actuando en un núcleo reducidísimo y obrando por la venalidad; y bien sabe el señor diputado que tiene colegas que se sientan en esta cámara en virtud de sufragios limpios, inmaculados, como la patena que cubre el cáliz! Yo, señor, reivindico para mi partido político, para ese partido que el señor miembro informante ha confundido deliberadamente con fracciones amigas de la violencia, callando también deliberadamente sus virtudes en materia electoral, yo reivindico, digo, para mi partido el honor de haber producido una elección en que la venalidad estuvo en absoluto desterrada del comicio. (*Aplausos en la barra.*)

Elección que fué saludada en esta cámara por la elocuencia arrebatadora del diputado Balestra, y fuera de ella por personalidades como Matienzo, como Rivarola, y como Estanislao Zeballos, quien dijo en su Revista de letras, que las masas argentinas en sus formas más humildes, obreros y pequeños comerciantes, habían dado á la república en el año de 1904 el ejemplo más puro de civismo llevando al congreso un representante cuya corona de éxito, cuya bandera y cuyas armas habían sido el desinterés, la virilidad de convicciones y la limpieza de sufragios.

La venalidad no es la consecuencia de la ley electoral, y por lo tanto no puede aducirse como argumento para combatirla. Cuando existen partidos

orgánicos—y en esto estoy en disidencia con mi distinguido colega el señor diputado Argerich—que apasionan al pueblo por sentimientos, por ideales, por principios, es seguro que el elector no vende su voto. La verdadera consecuencia de la ley electoral ha sido la libertad, libertad rara, desconocida, que ha puesto de manifiesto un estado moribundo en el país, que sólo puede corregirse por medio de la educación política del pueblo.

Se ha producido la venalidad en donde ha habido simples intereses personales en juego, venalidad que soy el primero en condenar pero que con toda su inmoralidad implica indiscutiblemente un adelanto en nuestras prácticas electorales tan corrompidas, puesto que por lo menos da la conciencia del valor del voto, —antes despreciado,—lo que ya es algo.

No condenemos la ley; combatamos la venalidad. ¿Cómo? Educando al pueblo, apasionándolo por principios, apasionándolo por ideales. He ahí cómo la ley electoral permite la creación de partidos orgánicos y destruye las agrupaciones personales, con lo cual no pierdo absolutamente nada la república. *(Muy bien!)*

El señor miembro informante de la mayoría, siempre de acuerdo con las opiniones del señor presidente de la república, ha manifestado, al combatir los efectos de la ley electoral, que ella trae como consecuencia la disgregación de los partidos. Afirmando, señor, la inexactitud de tal apreciación. Repito que sólo disgrega las agrupaciones personales, que no son un ideal para la república, pero que al mismo tiempo afianza y consolida las agrupaciones orgánicas que presentan programas de acuerdo con los intereses del país.

Bienvenida, pues, sea la ley electoral que tiene la virtud de destruir las agrupaciones cuya única aspiración consiste en llevar al poder un hombre que, según ellos, encarne la moralidad más perfecta.

Necesitamos partidos orgánicos que respondan á las necesidades de las agrupaciones sociales. Y á este respecto, me acuerdo que el señor diputado Mugica afirmaba que existía una falta de relación completa entre nuestro movimiento político y nuestro movimiento económico, afirmación que no ha podido destruir el señor ministro del interior que intentó hacerlo.

Existe, en efecto, una falta de correlación absoluta; tenemos un movimiento económico que asombra á propios y extraños; pero al mismo tiempo nuestra política tiene todos los caracteres de la de un pueblo bárbaro y atrasado. La ganadería constituye una riqueza colosal; la agricultura progresa también en grande escala; los ferrocarriles se extienden por todo el vastísimo territorio; la actividad comercial es sorprendente; los capitales extranjeros encuentran un fácil mercado en el país; en cambio, repito, la política no sigue concordante, paralelamente al movimiento económico. Progresamos simplemente por la fuerza natural que encierra el organismo de nuestra nación. Pero faltándole al pueblo la conciencia de las transformaciones producidas, la política queda cristalizada, en un estancamiento, en una momificación deplorable; de ahí que el factor político reaccione desfavorablemente sobre el factor económico, impidiendo que se produzca un progreso más acelerado.

Ya un eminente sociólogo argentino ha dicho, con mucha razón, que las cosas deben ser prácticamente comprendidas para que puedan influir en un sentido progresivo como factores históricos.

Si no establecemos la concordancia entre la política y el movimiento económico quedaremos eternamente relegados á la categoría de factoría.

No se diga, como se ha repetido en esta cámara, que todos esos defectos son propios de un país nuevo. Ese es un argumento viejo, deleznable, que ya no puede aducirse entre nosotros. Tenemos el caso de la Nueva Zelandia, citado por el doctor Justo en un estudio interesante, país agrícola y pastoril, como el nuestro, que á pesar de sus pocas décadas de existencia tiene establecidas costumbres y prácticas que otros pueblos imitan. Tenemos en la Unión Americana los últimos estados creados en el Far West con instituciones adelantadas; y por último: la Colonia del Cabo, país de negros, en donde los blancos están divididos por cuestión de raza y donde ha triunfado en las últimas elecciones el partido progresista cuyo programa es: la introducción libre de los artículos de primera necesidad, la restricción del expendio del alcohol á los nativos, la expansión ferrocarrilera y la educación obligatoria.

Y bien: es en presencia de este fenómeno, de este espectáculo triste que

presenta la política criolla, que voy á votar en contra del despacho de la mayoría de la comisión, que pretende retrogradar al escrutinio de lista prepotente y asfixiante; y es en virtud también de estas consideraciones que voto para que permanezca la elección uninominal que destruye las fracciones personales, establece la libertad en los comicios, da la conciencia de la importancia del voto al ciudadano, apasiona á los hombres por los verdaderos ideales, abre las puertas á las minorías que tienen necesidad de hacerse oír, y que con todo esto permite la creación de los partidos orgánicos que, según la expresión del señor ministro del interior, constituye la aspiración de todo el pensamiento nacional.

Voy á terminar; pero antes quiero dejar constancia de que las minorías tienen necesidad de subir á la más alta tribuna para discutir las cuestiones que afectan á los intereses del pueblo. No tienen la pretensión de decidir; pero tienen el derecho de representar y deliberar.

No ahoguéis, pues, las voces de esas minorías; acordáos de que así como en las calderas el agua deposita substancias extrañas que si no se desincrustan del hierro, por la acción del fuego, estallan, así también las fracciones populares depositan un sedimento de protestas y de reclamaciones que si no repercuten en la sala de la representación nacional indefectiblemente estallarán por la acción caldeante de las convicciones sinceras y profundas.

He terminado. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos*).

Sr. Presidente—Si no se hace uso de la palabra se votará.

Sr. Luro—Hago moción para pasar á cuarto intermedio.

Sr. Padilla—Pido la palabra.

Parece que el debate sobre este asunto está ya concluido. Llega, por consiguiente, la oportunidad de votar; pero atenta la importancia que reviste, y á fin de que no se pueda decir que hay una votación de sorpresa, propongo á la cámara que señale el día de mañana para votar.

Varios señores diputados—Aprobado.

Sr. Bastamante—Yo acompañaría en su moción al señor diputado si la modificara en el sentido de que la votación tuviera lugar el día siguiente de cerrado el debate.

Sr. Oliver—Pido la palabra.

Desearía saber si dentro de la interpretación que se ha dado al reglamento de esta cámara, el señalar día para la votación implica que en el día señalado no se puede tomar la palabra,

Sr. Balestra—No, señor; sí, se puede tomar la palabra: lo único que el señalamiento de día implica es que se seguirá la discusión hasta que se vote.

Sr. O'Farrell—En el caso de que la votación no fuera mañana, que es un día muy incómodo para muchos señores diputados, que sea el lunes, que es el día ordinario de sesión.

Sr. Martínez (J. A.)—Pero ¿qué inconveniente hay en que se vote mañana?

Sr. Demaría—¿Cuántos diputados hay presentes en el recinto?

Sr. Secretario Ovando—Hay 76 diputados presentes.

Sr. Castro—¿Y por qué no se vota hoy, señor presidente? Sobre todo, yo pido que se vote hoy; la mayoría resolverá.

Sr. Uriburu (F.)—Hay una moción de orden que es la formulada por mi distinguido colega por Tucumán que corresponde votarla.

Sr. Demaría—Mientras haya quién quiera hablar, debemos oírlo; no se puede cerrar el debate.

Sr. Castro—Escucharé con muchísimo gusto al señor diputado...

Sr. Presidente—Se va á votar la moción del señor diputado por Tucumán.

Sr. Vedia—Pido la palabra.

Es indiscutible que llevamos esta cuestión con toda gentileza; así se ha revelado de una y otra parte desde el principio del debate y acaba de acertarse ahora, con motivo de la moción del señor diputado Padilla.

No hay en manera alguna, es visible, y me complazco en reconocerlo, intención ó interés en clausurar este debate, mientras haya diputados que deseen tomar parte en él; pero la moción del señor diputado Padilla importa en cierto modo declarar agotada la cuestión.

Yo creo que, efectivamente, el debate ha avanzado bastante, y no puedo tener; por lo tanto, como interesado en una solución determinada, interés en que los que no participan de mis opiniones nos conceden uno ó dos días más, porque eso no nos conduciría á nada práctico; pero votar la moción del señor

diputado Padilla que significará en este momento?

¿Que se vote mañana?

Sr. Padilla—Evitar que se vote hoy.

Sr. Vedia—Pero si no hay la intención de cerrar el debate, como no la hay, visiblemente, decir que se vote mañana...

Sr. Padilla—Es evitar una votación que pudiera considerarse como una votación de sorpresa.

Si mañana hubiera diputados que quisieran tomar parte en el debate, yo sería el primero en proponer á la cámara que señalara otro día.

Sr. Balestra—Y así se hizo la vez anterior.

Sr. Vedia—Ese es el alcance que quería yo dar á la moción del señor diputado, y me complace sobre manera que él lo establezca así.

Sr. Presidente—Se va á votar la moción del señor diputado por Tucumán.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Tengo ciertas dudas para votar la moción del señor diputado por Tucumán, porque entiendo, como el señor diputado por la capital señor Vedia, que no puede existir el espíritu de declarar cerrado el debate mientras haya un diputado que tenga un argumento cualquiera que formular para defender sus convicciones; pero tengo la impresión de que en este momento la cámara está dispuesta á continuar sesionando y oír todos los discursos que tengan necesidad ó deseo de hacer algunos señores diputados, prolongando esta sesión de manera á llegar á obtener el resultado de que el debate termine hoy, y esto, no tampoco como una exigencia absoluta, si no si fuera posible; y entonces, me parece que si no hay ningún diputado que haga uso de la palabra, lo que procede, en este caso, es votar primero si se cierra ó no el debate, y efectuada esa votación, en caso de que no se resuelva cerrarlo, tomando en cuenta las razones de gentileza que invocaba el señor diputado por Tucumán, de que algunos compañeros se han ausentado creyendo que no terminaría hoy el debate, no pudiendo por lo tanto hacer valer su voto, fijemos el día de mañana para votar.

En ese sentido, de que esto importa la clausura del debate, yo voy á acompañar al señor diputado por Tucumán. Si esa moción no importa la clausura del debate, voy á votar en contra. Por

que me parece que no hay por qué dejar abierto un debate, cuando no hay ningún diputado que pida la palabra.

Sr. Oliver—Pido la palabra.

Sr. Mugica—Pido la palabra.

Sr. Carbó—Es evidente, señor presidente, que algunos señores diputados desean fundar su voto, y en ese sentido la moción que ha hecho el señor diputado por Tucumán me parece perfectamente oportuna y correcta.

Suponiendo que los fundamentos de su voto, por parte del señor diputado por la capital que ha pedido la palabra como los de cualquier otro diputado que quiera tomar intervención en el debate exigiera que se prolongase de la sesión, la cámara resolverá, pero ya queda la advertencia para todos los señores diputados presentes en la capital, de que mañana se va á votar, si no hay quien tome la palabra.

Sr. Luro—Exactamente; eso es lo regular.

Sr. Uriburu (F.)—Yo entiendo, señor presidente...

Sr. Lacasa—Hago moción para pasar á cuarto intermedio.

—Apoyado.

Sr. Uriburu (F.)—Hay una moción del señor diputado por Tucumán, por la cual se señala el día de mañana para votar este asunto.

Entiendo, señor presidente, que el espíritu del autor de la moción como el de los que la hemos apoyado, es que no quede privado ningún diputado de hacer uso de la palabra, continuándose, en consecuencia, el debate. Me parece que si el debate continuara, la gentileza misma de la cámara sería un motivo para que no se le obstaculizara.

De manera que lo que corresponde es que se vote la moción del señor diputado por Tucumán.

Sr. Lacasa—La moción que he hecho, de pasar á cuarto intermedio, es previa.

Las razones que se han dado, servirán de suficiente aviso para los señores diputados.

Sr. Balestra—Condice con la moción del señor diputado por Tucumán de que se pase á cuarto intermedio, señalando el día de mañana para votar este asunto.

Sr. Lacasa—Lo que yo deseo es que quede constancia de que el debate está

Julio 14 de 1905

CÁMARA DE DIPUTADOS

11.ª sesión ordinaria

agotado y que lo que se hace ahora es una deferencia hacia el señor diputado, para oír sus razones definitivas, porque soy el primero en reconocer el talento del señor diputado y sé que puede traernos algún nuevo argumento; pero eso no quiere decir que no tengamos ya nuestra opinión formada para votar.

Sr. Presidente—Se va á votar la moción del señor diputado por Tucumán.

—Se vota, y resulta afirmativa.

Sr. Presidente—Invito á la honorable cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio siendo las 6.30 p. m.